PLUTARCO

OBRAS MORALES Y DE COSTUMBRES

(MORALIA)

IX

SOBRE LA MALEVOLENCIA DE HERÓDOTO • CUESTIONES SOBRE LA NATURALEZA • SOBRE LA CARA VISIBLE DE LA LUNA • SOBRE EL PRINCIPIO DEL FRÍO • SOBRE SI ES MÁS ÚTIL EL AGUA O EL FUEGO • SOBRE LA INTELIGENCIA DE LOS ANIMALES • «LOS ANIMALES SON RACIONALES» O «GRILO» • SOBRE COMER CARNE

INTRODUCCIONES, TRADUCCIONES Y NOTAS POR
VICENTE RAMÓN PALERM Y JORGE BERGUA CAVERO



EDITORIAL GREDOS

BIBLIOTECA CLÁSICA GREDOS, 299

Asesor para la sección griega: CARLOS GARCÍA GUAL.

Según las normas de la B. C. G., la traducción de este volumen ha sido revisada por CONCEPCIÓN MORALES OTAL *(Sobre la malevolencia de Heródoto, Sobre el principio del frío, Sobre si es más útil el agua o el fuego* y *Sobre comer carne)*, DAVID HERNÁNDEZ DE LA FUENTE *(Cuestiones sobre la naturaleza* y *Sobre la cara visible de la luna)* y MARIO TOLEDANO VARGAS *(Sobre la inteligencia de los animales* y *Los animales son racionales* o *Grilo)*.

Sánchez Pacheco, 85, Madrid, 2002.
www.editorialgredos.com

Las traducciones, introducciones y notas han sido llevadas a cabo por: VICENTE RAMÓN PALERM *(Sobre la malevolencia de Heródoto, Cuestiones sobre la naturaleza, Sobre la cara visible de la luna, Sobre el principio del frío, Sobre si es más útil el agua o el fuego* y *Sobre comer carne)* y JORGE BERGUA CAVERO *(Sobre la inteligencia de los animales* y *Los animales son racionales o Grilo)*.

Depósito Legal: M. 14185-2002.
ISBN 84-249-16101-8. Obra completa.
ISBN 84-249-2322-7. Tomo IX.
Impreso en España. Printed in Spain.
Gráficas Cóndor, S. A.
Esteban Terradas, 12. Polígono Industrial. Leganés (Madrid), 2002.
Encuadernación Ramos.

SOBRE LA INTELIGENCIA DE LOS ANIMALES

INTRODUCCIÓN

Este diálogo, que aparece en el *Catálogo de Lamprias* con el número 147, se titula en realidad *Sobre si son más inteligentes los animales terrestres o los acuáticos,* aunque se lo suele citar en su traducción latina, *De sollertia animalium,* de ahí que lo hayamos traducido por *Sobre la inteligencia de los animales*. Se trata de un diálogo de fecha indeterminada, seguramente de la madurez de Plutarco; sus protagonistas son, al principio, Autobulo y Soclaro (padre y amigo, respectivamente, de Plutarco), que plantean el problema general de la inteligencia animal y del trato que debe dispensarles el hombre (caps. 1-8), y después los jóvenes Aristotimo y Fédimo —el primero se encarga de hacer el elogio de los animales de tierra (caps. 9-22), y el segundo de los acuáticos (23-36)—, con breves intervenciones de Optato —que va a presidir la contienda verbal entre ambos jóvenes— y Heracleón, amigo de Fédimo. La obra termina sin que se resuelva qué grupo de animales ha de llevarse la palma (cap. 37).

Este asunto de la inteligencia y las virtudes de los animales —y sus implicaciones morales, pues del concepto en que se los tuviera dependía también el trato hacia ellos— preocupó mucho a Plutarco, como demuestran no sólo esta

obra y las dos siguientes, sino también varias perdidas (ver el testimonio de Porfirio, *Sobre la abstinencia* III 24). La cuestión ya había sido abordada antes por los filósofos, empezando por Aristóteles, que parece admitir que no hay una solución de continuidad entre las distintas categorías de seres vivos en lo que al entendimiento se refiere, y en cuya *Historia de los animales* hay numerosos ejemplos de animales inteligentes o prudentes; también escribió sobre el asunto su discípulo Teofrasto, que reconocía la existencia de un parentesco fundamental entre hombre y animal y reconocía expresamente las obligaciones morales que el hombre tiene para con los animales (al menos con algunos).

También se pronunciaron al respecto los estoicos, que eran de la opinión de que los animales no estaban dotados de *lógos,* sino de un mero instinto natural encaminado a la supervivencia; razón por la cual el hombre no tenía ningún tipo de obligación moral hacia ellos. Contra esta visión antropocéntrica tan tajante se levantaron dos corrientes fundamentales (aparte de la peripatética, ya mencionada): una de raigambre académico-escéptica, que ponía en entredicho la teoría estoica del conocimiento y llegaba a la conclusión de que las representaciones mentales de los animales merecen la misma credibilidad que las humanas (ver ante todo Sexto Empírico, *Esbozos pirrónicos* I 62-78), y otra de cuño pitagórico, centrada más bien en el aspecto moral del sacrificio cruento de animales y en la ingestión de carne (ver por ejemplo Porfirio, *Sobre la abstinencia* III, y el propio Plutarco en el *Sobre comer carne* traducido en este mismo volumen)[1].

---

[1] Como exposición general del problema recomendamos ante todo el libro de U. Dierauer, *Tier und Mensch im Denken der Antike,* Amsterdam, 1977.

Plutarco, movido sin duda por la compasión y por una simpatía natural hacia los animales, polemiza abiertamente con las tesis estoicas, que considera demasiado intelectualistas y radicales (y no sólo en este asunto concreto), y trata de demostrar —por boca de Autobulo— que la diferencia entre inteligencia humana y animal es una diferencia de grado; que los animales son inteligentes, sólo que «poseen una razón débil y turbia, como un ojo con una visión escasa y perturbada» (963B). La demostración concreta de estas aptitudes (y virtudes) animales las encontraremos sobre todo en los dos discursos de Aristotimo y Fédimo, en los que se pasa revista a un amplio número de animales y donde observaciones dignas de un naturalista moderno se mezclan de forma inextricable con mitos, leyendas, consejas y supersticiones varias (como ocurre, por otra parte, en todas las obras antiguas de esta naturaleza, empezando por el propio Aristóteles).

Es aquí donde se plantea el problema de las fuentes de Plutarco para este diálogo, asunto que desborda los objetivos de esta introducción; en todo caso, una simple ojeada a las notas permitirá comprobar que se trata casi siempre de historias y casos ampliamente atestiguados en otras obras antiguas, ya sean tratados más o menos «científicos» —como la *Historia de los animales* de Aristóteles o la *Historia natural* de Plinio el Viejo—, ya se trate de obras que caen más bien dentro de lo que podríamos llamar «literatura de maravillas y curiosidades» —como es la *Historia de los animales* de Claudio Eliano, los *Mirabilia (Colección de historias curiosas)* de Antígono de Caristo o los del Pseudo Aristóteles[2]— o del poema de intención didáctica —caso de

[2] Estas dos últimas obras se pueden leer en esta misma colección, en el volumen *Paradoxógrafos griegos. Rarezas y maravillas*, trad. de F. J. Gómez Espelosín.

las *Halièuticas* (o *Sobre la pesca)* de Opiano o de la obra del mismo título atribuida a Ovidio. Tampoco falta un diálogo polémico que trata del mismo tema que el de Plutarco, sólo que defendiendo la tesis contraria; nos referimos al *De animalibus* de Filón de Alejandría, conservado en una traducción armenia (véase el libro de Terian en la bibliografía).

Por otra parte, la preocupación por este asunto no es ni mucho menos exclusiva del mundo antiguo. Bastará recordar el intenso debate que se desencadenó en toda Europa durante el siglo XVII y parte del XVIII con motivo de la tesis de Descartes según la cual los animales son autómatas cuyos movimientos responden a un principio mecánico, corporal, y que están privados por completo de pensamiento y de razón (aunque no, evidentemente, de sensibilidad); tesis, por cierto, que tiene un notable antecedente en el siglo XVI en la obra del español Gómez Pereira, la *Antoniana Margarita* (1554). Y no hará falta recordar al lector hasta qué punto el asunto de los derechos de los animales —con el elemento nuevo, desconocido para los antiguos, que supone la manipulación a escala industrial y las prácticas de laboratorio— es un problema de candente actualidad, especialmente después de que en los años 60 surgiera, sobre todo en los países anglosajones, la causa de los «derechos de los animales» (coincidente sólo en parte con el movimiento ecologista), cuyo teórico más destacado fue y es sin duda Peter Singer[3].

---

[3] Sobre Descartes y Gómez Pereira, recomendamos J. FERRATER MORA, *Diccionario de filosofía, s. v.* «Alma de los brutos», con bibliografía. Sobre la cuestión de los «derechos de los animales», el artículo «Animales (derechos de los)», en el diccionario mencionado, y también, entre las obras recientes, J. RIECHMANN, J. MOSTERÍN, *Animales y ciudadanos*, Madrid, 1995; J. MOSTERÍN, *Los derechos de los animales*, Madrid, 1995;

En las discusiones sobre estos asuntos que tuvieron lugar durante el Renacimiento y el Barroco, este diálogo de Plutarco, junto con el *Grilo* que se traduce a continuación, desempeñó un papel muy relevante, como demuestran las abundantes citas y alusiones en autores muy destacados de los siglos XVI-XVIII (Montaigne, Rabelais, Erasmo y muchos más). El diálogo se tradujo al latín a principios del siglo XVI, si no antes, y aparece en varias de las recopilaciones latinas de los *Moralia,* que conocieron una difusión extraordinaria por Europa; también fue pronto traducido a lenguas modernas, así al francés en la célebre versión de los *Moralia* de Jacques Amyot (1572). En lo que respecta a España, la única traducción que conocemos de este diálogo es la que hizo Diego Gracián de Alderete en el siglo XVI, contenida en sus *Morales de Plutarco traduzidos de lengua griega en castellana,* Salamanca, 1571 (no aparece todavía en la edición de Alcalá de 1548)[4].

Para la traducción hemos seguido el texto griego de C. Hubert (revisado por H. Drexler) en la ed. de Teubner (vol. VI, 1), Leipzig, 1959; también hemos tenido a la vista la edición de W. C. Helmbold, con traducción inglesa, en la colección Loeb (vol. XII, Londres-Cambridge Mass., 1957). Del abundante aparato de notas de ambas ediciones hemos extraído —limitándonos a lo más relevante y fácil de localizar para el lector no helenista— la mayor parte de los lugares paralelos que se citan en las nuestras. Hay otras traduc-

---

U. WOLF, *Das Tier in der Moral,* Frankfurt, 1990; P. SINGER, *Animal Liberation,* 2.ª ed., Nueva York, 1990.

[4] Remitimos para más información a nuestro libro, recogido en la bibliografía, p. 136-195 (las traducciones de Plutarco de D. Gracián); también a A. MORALES ORTIZ, *Plutarco en España: traducciones de Moralia en el siglo XVI*, Murcia, 2000.

ciones de la obra, como la francesa de M. Gondicas (París, 1991).

BIBLIOGRAFÍA

R. AULOTTE, *Amyot et Plutarque. La tradition des Moralia au XVIe siècle,* Ginebra, 1965.

D. BABUT, *Plutarque et le Stoïcisme,* París, 1969.

F. BECCHI, «Istinto e intelligenza negli scritti zoopsicologici di Plutarco», en *Scritti in memoria di Dino Pieraccioni,* ed. M. BANDINI y F. G. PERICOLI, Florencia, 1993, págs. 59-83.

J. BERGUA, *Estudios sobre la tradición de Plutarco en España (siglos XIII-XVII),* Zaragoza, 1995.

V. D'AGOSTINO, «Sulla zoopsicologia di Plutarco», *Archivo italiano di psicologia* 11 (1933), 21-42.

U. DIERAUER, *Tier und Mensch im Denken der Antike,* Amsterdam, 1977.

A. DYROFF, *Die Tierpsychologie des Plutarch von Chaironeia,* Progr. Würzburg, 1897.

E. DE FONTENAY, *La raison du plus fort. Trois traités pour les animaux. Plutarque traduit par Amyot,* París, 1992.

R. HIRZEL, *Der Dialog. Ein literarhistorischer Versuch,* 2 vol., Hildesheim, 1963 (reimp. de la ed. de Leipzig, 1895).

O. KELLER, *Die antike Tierwelt,* Leipzig, 1909-1913.

S. T. NEWMYER, «Plutarch on Justice Toward Animals», *Scholia* 1 (1992), págs. 38-54.

—, «Speaking of Beasts: the Stoics and Plutarch on Animal Reason and the Modern Case against Animals», *Quaderni Urbinati* (1999), 99-110.

M. POHLENZ, «Tierische und menschliche Intelligenz bei Poseidonios», *Hermes* 76 (1941), 1 ss.

G. SANTESE, «Animali e razionalità in Plutarco», en S. Castignone/G. Lanata (eds.), *Filosofi e animali nel mondo antico,* Pisa, 1994, págs. 141-170.

M. SCHUSTER, M., *Untersuchungen zu Plutarchs De sollertia animalium,* Diss., Múnich, 1917.

R. SORABJI, *Animal Minds and Human Morals: The Origins of the Western Debate,* Ithaca (N. York), 1993.

G. TAPPE, *De Philonis libro qui inscribitur 'Αλέξανδρος* [...] *quaestiones selectae,* Diss., Gotinga, 1912.

A. TERIAN, *Philonis Alexandrini De Animalibus. The Armenian Text with an Introduction, Translation and Commentary,* Studies in Hellenistic Judaism, Suppl. to *Studia Philonica,* 1, Ann Arbor, Michigan, 1981.

M. WELLMANN, artículos en *Hermes* 26 (1891), 321-350 y 481-566; 27 (1892), 389-406; 30 (1895), 161-176; 51 (1916), 1-64.

K. ZIEGLER, *Plutarco,* Brescia, 1965 (trad. italiana de M. R. ZANCAN RINALDINI del artículo aparecido en PAULY-WISSOWA, *RE,* XXI/1, 1951, cols. 635-962), págs. 125-130.

SOBRE LA INTELIGENCIA DE LOS ANIMALES

1. AUTOBULO.— Como le preguntasen a Leónidas qué 959B
tal poeta le parecía Tirteo, contestó: «Es bueno para espolear las almas de los jóvenes», pues por medio de sus versos insuflaba en los jóvenes que hacían generosa entrega de sus vidas en los combates un ímpetu acompañado de arrojo y de ambición[1]. Y mucho me temo, amigos, que el elogio de la caza que se leyó ayer[2] enardezca de forma desmedida a nuestros jóvenes amantes de dicha actividad, hasta el punto de considerar las demás como secundarias o incluso carentes de valor, y lanzarse con armas y bagajes a la caza; y es que me parece que hasta yo mismo, a pesar de mi edad, me vi afectado, como si recuperase de nuevo aquella vieja afición, y volví a anhelar, como la Fedra de Eurípides, el «azuzar a los perros y perseguir a los moteados ciervos»[3]; tanto C
me afectaron los bien trabados y convincentes argumentos que el discurso traía consigo.

---

[1] Lo mismo en la *Vida de Cleómenes* 2, 805d. Leónidas I, rey de Esparta, murió luchando heroicamente contra los persas en las Termópilas, en el 480 a. C.

[2] Es posible que se trate del *Perì kynēgetikês* («Sobre la caza») recogido en el *Catálogo de Lamprias* con el núm. 216.

[3] EURÍPIDES, *Hipólito*, 218 ss.

SOCLARO.— Es verdad lo que dices, Autobulo; que también a mí me pareció que aquél despertaba su retórica después de tanto tiempo para complacer a los muchachos y compartir con ellos su espíritu primaveral. Pero lo que me gustó especialmente de él fue cuando trajo a colación a los gladiadores en apoyo de su idea de que la caza es digna de elogio, no menos que por otras, por la siguiente razón: porque desviando hacia sí la mayor parte de nuestro gusto, congénito o aprendido, por las luchas entre hombres armados, ofrece un espectáculo limpio en el que la habilidad y la audacia inteligente se enfrentan a la fuerza bruta y a la violencia, corroborando además aquello de Eurípides:

Escasa es en verdad la fuerza del hombre. Pero
D *gracias a la versatilidad de su mente*
domeña a las temibles criaturas del ponto
y de las montañas de la tierra[4].

2. AUTOBULO.— Y sin embargo, querido Soclaro, así es como dicen que se instaló en los hombres la insensibilidad y la brutalidad que, tras probar el sabor de la matanza, se ha acostumbrado en sus cacerías y expediciones a no sentir repugnancia ante la sangre y las heridas de los animales, antes bien, a disfrutar con sus degüellos y muertes. Y luego como lo que pasó en Atenas: se dijo que el primer delator que murió a manos de los Treinta lo merecía, y lo mismo el segundo y el tercero; pero después, siguiendo poco a poco por ese camino, echaron mano primero a los ciudadanos decentes y
E acabaron por no detenerse siquiera ante los mejores[5]; del

[4] EURÍPIDES, fr. 27 NAUCK.

[5] Se refiere a la represión que se desencadenó en Atenas tras la derrota ante Esparta en la Guerra del Peloponeso (404 a. C.) y la formación del gobierno llamado de los Treinta Tiranos.

mismo modo, el primero que abatió a un oso o a un lobo fue objeto de alabanzas; y algún buey o cerdo fue condenado por haber probado las ofrendas sacras; pero a partir de ese momento empezaron ya a comerse ciervos, liebres y gacelas, lo que abrió el camino a la carne de oveja y, en algunos lugares, de perros y caballos. Y desmembrando y troceando al ganso doméstico y a la paloma «sirviente del hogar», como dice Sófocles[6], no para alimentarse y combatir el hambre, como las comadrejas y los gatos, sino por placer y a modo de aperitivo, fortalecieron lo que hay en nuestra naturaleza de asesino y salvaje y lo hicieron inasequible a la piedad, mientras que el elemento pacífico lo dejaron en gran medida debilitado. En cambio, los pitagóricos se ejercitaron F
de nuevo en el trato delicado a los animales con vistas a la humanidad y la compasión; y es que la costumbre tiene una 960A
extraña facilidad para hacer avanzar al hombre mediante una apropiación gradual de los afectos.

Y bien, no sé cómo hemos venido a dar en un tema no muy alejado ni de los que ayer tratamos ni de los que en seguida han de ocuparnos hoy. Y es que ayer, como sabes, tras probar que todos los animales participan de algún modo de inteligencia y racionalidad[7], pusimos a disposición de nuestros jóvenes cazadores una contienda —no exenta de diversión ni de gracia— acerca de la inteligencia de los animales marinos y terrestres, contienda que hoy, según parece, vamos a arbitrar, si es que Aristotimo y Fédimo siguen dispuestos a aceptar el desafío; pues uno de ellos se ofreció B
a sus compañeros como abogado de la tesis de que la tierra

[6] Cf. Sófocles, *Fragmentos*, trad. esp. en esta misma colección (fr. núm. 866).

[7] Es posible que se esté refiriendo al tratado que recoge el *Catálogo de Lamprias* con el título de *Ei lógon échei tà zôa* («Sobre si los animales son racionales», núm. 135).

produce animales destacados por su inteligencia, y el otro como abogado de que es el mar el que los cría.

SOCLARO.— Están dispuestos, Autobulo, y estarán aquí en un momento; que los vi esta mañana temprano preparándose para la contienda. Pero si quieres, antes de la disputa, volvamos los dos a todos aquellos temas que guardan relación con lo tratado ayer, y que o bien no hubo oportunidad de mencionar o no se trataron con seriedad por haber pasado ya al vino y la bebida. En efecto, pareció llegarme de hecho como un eco de la Estoa, en el sentido de que, igual que lo inmortal se opone a lo mortal, lo incorruptible a lo corruptible y desde luego lo incorpóreo a lo corpóreo, del mismo
C modo, si existe lo racional, tendrá que oponérsele y existir contra ello lo irracional, y no que sea esta la única entre tantas parejas que quede incompleta y mutilada[8].

3. AUTOBULO.— Y ¿quién, querido Soclaro, ha supuesto que existiendo entre las cosas lo racional no existe lo irracional? Pues lo hay, y en gran abundancia, en todos los seres que carecen de alma, y no necesitamos ninguna otra cosa opuesta a lo racional, sino que, sencillamente, todo lo que carece de alma, en cuanto que irracional y privado de inteligencia, se opone a aquello que junto con el alma posee racionalidad y entendimiento. Pero si uno considera que la naturaleza no puede estar mutilada, sino que la parte de la naturaleza que está animada tiene un lado racional y otro irra-
D cional, otro considerará que la parte de la naturaleza dotada de alma tiene un lado con imaginación y otro sin ella, y un lado sensible y otro insensible, y todo ello para que la naturaleza tenga, en el mismo género, estas disposiciones y privaciones, correspondiéndose y oponiéndose entre sí, equili-

[8] Sobre este aspecto de la doctrina estoica, véase *SVF*, II 182.

brándose, como si dijéramos, unas a otras. Pero si es absurdo que alguien pretenda que hay en el ser animado una parte sensible y otra insensible, o una parte provista de imaginación y otra desprovista, puesto que, sencillamente, el ser animado en su totalidad es por naturaleza sensible y provisto de imaginación, tampoco será apropiado que alguien reclame la existencia en el ser animado de una parte racional y otra irracional, sobre todo mientras discute con unas personas que piensan que no hay un solo ser que participe de la sensación sin hacerlo también de la inteligencia, y que no hay tampoco ser vivo en el que no estén naturalmente presentes en algún grado la opinión y la racionalidad como
lo están la sensación y el instinto. Pues la naturaleza, de la E
que con razón dicen que todo lo hace por algo y con vistas a algo, no hizo al ser vivo sensible para que se limitara a sentir cuando algo le afecta; antes bien, dado que muchas cosas son familiares para él y muchas otras le son hostiles, no podría sobrevivir ni un instante si no aprendiera a guardarse de unas y a tener trato con las otras. Ciertamente, es la sensación la que permite a cada cual discernir tanto unas como otras; pero el hecho de atrapar y perseguir lo beneficioso, que se sigue de la sensación, así como el hecho de esquivar y huir de lo que es destructivo y doloroso, todo ello de nin-
guna manera podría aparecer en seres que no estuvieran F
naturalmente dotados para el razonamiento, el juicio, la memoria y la atención. Así que a esos seres a los que despojas por completo de expectación, memoria, propósitos, preparación, de tener esperanzas o temores, de experimentar deseos o disgusto, de nada les servirán ni los ojos que tienen ni los oídos; mejor sería librarse por completo de una sensación y una imaginación que no tienen dónde ejercitarse, an-
tes que sufrir penalidades, pesares y dolores sin tener medio 961A
de esquivarlos.

Y por cierto que hay un tratado de Estratón, el físico, que demuestra que no es posible en absoluto la sensación sin el concurso del pensamiento[9]; en efecto, muchas veces, mientras recorremos un escrito con la vista hay letras que nos pasan desapercibidas, o palabras que llegan a nuestros oídos pero escapan a nuestra atención, pues la tenemos puesta en otra cosa; pero más tarde nuestra mente vuelve sobre sus pasos, cambia de rumbo y se lanza en persecución hasta hacer una lectura completa de cuanto se dejó escapar; por ello se ha dicho que

La mente ve y la mente escucha, lo demás es sordo y ciego[10],

en el sentido de que el hecho de verse afectados los ojos y los oídos no provoca la sensación si no está presente el en-
B tendimiento. También es por esta razón por lo que el rey Cleómenes, con ocasión de un banquete en que hubo un recital muy celebrado, al preguntarle algunos si no le parecía excelente, les exhortó a que lo averiguaran ellos, pues lo que era él tenía la mente en el Peloponeso[11]. Así que es necesario que todos los seres dotados de sensación lo estén también de entendimiento, si es que está en nuestra naturaleza el que la sensación vaya acompañada de entendimiento.

Pero supongamos por un momento que la sensación no necesita del entendimiento para la función que le es propia; pues bien, cuando la sensación responsable de que el animal distinga entre lo que le es familiar y lo que le es hostil desa-

---

[9] Estratón de Lámpsaco fue el director del Perípato después de Teofrasto y murió hacia el 270 a. C. Más detalles sobre esta obra (perdida) y sus doctrinas respecto a la sensación y el entendimiento, en el artículo de W. Capelle en *RE*, «Straton», cols. 306-307.

[10] Epicarmo, fr. 249 (Epicarmo fue un poeta cómico del siglo v a. C.).

[11] Cleómenes, rey espartano (*c.* 235-222 a. C.), a cuya figura Plutarco dedicó una de sus *Vidas paralelas*.

parece, ¿qué es lo que ahora sigue recordando, temiendo lo nocivo y anhelando lo beneficioso, ingeniándoselas para C conseguir lo que está ausente y disponiendo acechaderas y refugios, trampas para las futuras presas y lugares en que ponerse a salvo de los ataques? E incluso aquellos[12] nos vapulean los oídos diciendo esto mismo, cuando en sus *Introducciones* a cada momento definen «intención» como «indicación de llevar a término», «designio» como «impulso antes del impulso», «preparación» como «acción antes de la acción» y «memoria» como «aprehensión de una proposición pasada cuyo presente fue aprehendido por medio de la sensación». Y es que todos estos términos son propios de la lógica, y todas esas facultades aparecen en todos los animales, como desde luego también las relacionadas con la cognición, a las que llaman «nociones» cuando están almacenadas en reposo y «pensamientos» cuando se ponen en movimiento. Y mientras reconocen que los afectos en su D conjunto son «juicios defectuosos y opiniones»[13], es sorprendente que pasen por alto la existencia entre los animales de muchas acciones y movimientos que denotan irritación, o miedo, o incluso, por Zeus, envidias y celos; y ellos mismos castigan a perros o caballos que han cometido algún error, y no lo hacen en vano sino para enseñarles a comportarse, inculcándoles por medio del dolor un sentimiento de pesar que llamamos arrepentimiento.

Al placer que llega a través de los oídos se le llama encantamiento y al que lo hace por los ojos hechizo mágico; tanto del uno como del otro se sirven contra los animales. En efecto, encantan a ciervos y a caballos con siringas y cla-

[12] Se refiere a los estoicos; cf. *SVF*, III 173 para el pasaje que sigue.

[13] Una buena muestra del radical intelectualismo estoico; cf. *Sobre la virtud moral* 447a (= *SVF*, III 459).

E rinetes; con las flautas egipcias hacen salir contra su voluntad de sus agujeros a los cangrejos; y dicen que el sábalo sale a la superficie y se acerca cuando hay gente cantando y dando palmas. Por su parte, al búho se le hechiza y se le atrapa cuando, a la vista de los danzantes, se afana y se complace en mover sus hombros siguiendo el ritmo[14].

En cuanto a los que dicen neciamente de los animales que ni sienten placer ni irritación ni temor, ni hacen preparativos ni tienen memoria, sino que la abeja «por así decir, recuerda» y la golondrina «por así decir, hace preparativos» y el león «por así decir, se irrita» y el ciervo «por así decir,
F se atemoriza», no sé que harán con quienes digan que tampoco ven ni escuchan, sino que «por así decir, ven» y «por así decir, escuchan», y que tampoco emiten voces sino que «por así decir, emiten voces», y que en definitiva ni siquiera viven sino que «por así decir, viven»; pues todas estas afirmaciones, en mi opinión, son tan contrarias a la evidencia como las anteriores.

4. SOCLARO.— Sí, desde luego, Autobulo, puedes contar con mi convicción al respecto; pero cuando uno compara las costumbres, los recursos, las acciones y regímenes de
962A vida de los animales con los humanos y percibe, entre otros muchos defectos, el hecho de que no haya en ellos una aspiración visible a la virtud (y es por ella por lo que existe la razón), ni un progreso ni un apetito por ella, me pregunto cómo la naturaleza les ha concedido un punto de partida si no pueden llegar hasta el final[15].

---

[14] Cf. ARISTÓT., *Hist. anim.* 611b26, 597b24; ELIANO, *Hist. anim.* XII 46, VI 31-32, XV 28; PLINIO, *Hist. nat.* VIII 114, X 68; ANT. CARISTO, 29 (35).

[15] Cf. FILÓN, *De animal.* 96.

Autobulo.— Pues esto tampoco les parece absurdo, Soclaro, a esa gente; y es que, mientras consideran que el amor a la descendencia es el principio mismo de nuestra sociedad y de la justicia, y aunque ven que ese sentimiento está muy presente y es muy intenso entre los animales, a pesar de ello afirman y sostienen que éstos no participan de la justicia. Y los mulos no están en absoluto faltos de partes B genitales, de hecho tienen órganos masculinos y úteros y la posibilidad de servirse de ellos para obtener placer, pero no alcanzan a completar la reproducción. Pero, mirándolo de otra manera, considera si no es ridículo decir que una iniquidad cometida por un Sócrates o un Platón no es menos inicua que la de un esclavo cualquiera, antes bien, que todos ellos son igualmente irresponsables, desenfrenados e injustos, para después juzgar que la disposición de los animales para la virtud, impura e imprecisa como es, se debe a la privación de razón y no a lo defectuoso y débil de ésta; y eso que reconocen que el vicio, del que todo animal está infec- C tado (vemos, en efecto, cómo en muchos animales anida la cobardía, la intemperancia, la injusticia o la malicia), es un producto de la razón. Y si alguien considera que un ser que no sea naturalmente apto para recibir una razón perfecta no podrá recibirla en absoluto, en primer lugar ese tal en nada se diferencia de quien considera que ni el mono participa por naturaleza de la fealdad ni la tortuga de la lentitud, puesto que ni el uno es susceptible de belleza ni la otra de rapidez; además, quien tal afirma no percibe una distinción que tiene delante de los ojos: y es que la razón radica en la naturaleza, mientras que la razón cabal y completa surge de la diligencia y el aprendizaje; de ahí que todos los seres animados participen del elemento racional. Y esa rectitud y sabiduría que buscan, ni siquiera el hombre podrán decir que las posee. En efecto, así como hay diferencia entre unas

D vistas y otras o entre un vuelo y otro (pues no ven igual los halcones y las cigarras, ni vuelan igual las águilas y las perdices), del mismo modo tampoco todas las criaturas racionales participan por igual de una versatilidad y de una agudeza que hayan alcanzado el máximo grado; porque hay entre ellos muchos ejemplos de sociabilidad, de valentía, de argucias a la hora de ganarse el sustento o administrarlo, como también los hay de lo contrario, de iniquidad, de cobardía, de necedad. Y es testimonio de ello lo que ha provocado la presente disputa entre los jóvenes, pues asumiendo que hay alguna diferencia, los unos afirman que los animales terrestres están por naturaleza más avanzados en lo que
E respecta a la virtud y los otros dicen que los marinos. Desde luego, esto se ve claro si uno compara los hipopótamos con las cigüeñas (pues éstas alimentan a sus padres mientras que aquéllos les dan muerte para aparearse con sus madres)[16] o las perdices con las palomas, pues las primeras roban y destruyen los huevos —ya que la hembra, mientras está incubando, no se presta al apareamiento—, mientras que los palomos incluso asumen el cuidado de los huevos, turnándose con la hembra para darles calor, y son los primeros en dar de comer a los pichones, y si la hembra se aleja demasiado rato el macho la picotea para conducirla hasta los pichones o los huevos[17]. Y no entiendo cómo Antípatro, mientras reprochaba a los burros y ovejas su negligencia en
F lo tocante a la limpieza, pasó por alto a los linces y a las golondrinas, pues los unos hacen desaparecer por completo

[16] Cf. Filón, *De animal.* 61; Plinio, *Hist. nat.* X 63; Eliano, *Hist. anim.* III 23 (sobre la cigüeña, cuya piedad filial aparace ya en Aristófanes, *Aves* 1353 ss. y Sófocles, *Electra* 1058 ss.) y VII 19 (impiedad del hipopótamo), entre otros lugares.

[17] Cf. Aristót., *Hist. anim.* 613b25, etc; Ant. Caristo, 39 (45); Plinio, *Hist. nat.* X 100, 105; Eliano, *Hist. anim.* III 5, 16, 45.

sus deyecciones escondiéndolas y quitándolas de la vista, y las otras enseñan a sus crías a volverse hacia el exterior para soltar sus excrementos[18].

Es más, ¿por qué no decimos que un árbol es más ignorante que otro, mientras decimos que una oveja lo es más que el perro; ni tampoco que un vegetal es más cobarde que otro, como lo decimos del ciervo respecto del león?[19]. ¿No 963A
será que, así como entre los seres sin movimiento no hay uno más lento que otro, ni entre los incapaces de emitir sonidos uno de voz más débil que otro, del mismo modo tampoco entre los seres naturalmente desprovistos de la facultad de pensar los hay más cobardes, más perezosos o más intemperantes, mientras la presencia de dicha facultad en los otros animales, en distintas modalidades y en grados diversos, es la causante de las diferencias que se observan?

5. SOCLARO.— Con todo, es admirable hasta qué punto el hombre se diferencia de los animales por su propensión a aprender, su perspicacia y sus dotes para la justicia y la vida en sociedad.

AUTOBULO.— Pues muchos animales, amigo mío, superan a toda la humanidad por su tamaño o su rapidez, por su vista penetrante o su fino oído, pero no por ello es el hom- B
bre ciego ni inválido ni carente de oídos; también corremos, aunque sea más despacio que los ciervos, y vemos, aunque peor que los halcones; la naturaleza no nos ha privado de fuerza ni de volumen, por más que en estos aspectos no somos nada comparados con el elefante y el camello. Así que,

[18] Se refiere al estoico ANTÍPATRO DE TARSO (fr. 47, en *SVF*, III, p. 251), que vivió en el siglo II a. C. Sobre linces y golondrinas, cf. ELIANO, *Hist. anim.* IV 17; PLINIO, *Hist. nat.* VIII 137, X 92; ANT. CARISTO, 37 (43); FILÓN, *De animal.* 22; ARISTÓT., *Hist. anim.* 612b30 (la golondrina).

[19] El mismo argumento en el *Grilo* 992 C-D (en este mismo volumen).

si los animales tienen una actividad mental más torpe y discurren peor, no digamos tampoco que no discurren ni tienen actividad mental en absoluto, ni que carecen de racionalidad, sino que poseen una razón débil y turbia, como un ojo con una visión escasa y perturbada. Y si no fuera porque es-
C pero que nuestros jóvenes, eruditos y leídos como son, nos ofrezcan muy pronto aquí una colección abundante, el uno de la tierra y el otro del mar, no me abstendría de exponerte infinidad de ejemplos tanto de la capacidad de aprender como de las cualidades naturales de los animales, de las que la noble Roma nos ha proporcionado, con sus espectáculos imperiales, de donde sacar con cubos y baldes. Así que dejémosles a ellos este tema virgen e intacto, para que puedan recrearse en ello en sus discursos.

Ahora bien, me gustaría examinar tranquilamente contigo un pequeño asunto, y es que soy de la opinión de que cada parte y facultad tiene un defecto, imperfección o achaque que es propio de ella y de ninguna otra, como la ceguera lo es del ojo, la cojera de la pierna o el balbuceo de la lengua; pues no hay ceguera en un órgano que no sea naturalmente
D apto para ver, ni cojera en uno que no lo sea para andar, ni calificarías de balbuciente a un ser carente de lengua o de tartamudo a uno naturalmente privado de voz; conque tampoco calificarías de disparatado o de delirante o de enloquecido al que no estuviera naturalmente dotado de la facultad de pensar, discurrir y razonar; y es que no es posible verse afectado cuando uno carece de la facultad cuya privación, mutilación u otro tipo de daño constituye la afección en cuestión. Pero lo cierto es que tú te has topado con perras rabiosas, y yo con caballos furiosos; hay quien afirma que también los bueyes y las zorras enloquecen. Pero bastará con el caso de los perros, que no es objeto de controversia y evidencia que el animal posee una inteligencia y una capa-

cidad discursiva nada mediocre, que cuando se turba y ofus-
ca constituye la afección que llamamos rabia y locura; en E
efecto, en ese caso no vemos que su vista o su oído sufran
alteración alguna. Así que, del mismo modo que, cuando
una persona está melancólica o trastornada, es absurdo no
reconocer que su órgano encargado del pensamiento, el ra-
zonamiento y la memoria está alterado o corrompido (de
hecho es costumbre afirmar precisamente eso de los locos,
que no están «en sus cabales» sino «fuera de sí»), del mis-
mo modo, quien considere que a los perros rabiosos les ocu-
rre otra cosa que no sea que su órgano naturalmente desti-
nado al pensamiento, el razonamiento y la memoria ha
quedado infectado por la turbación y el delirio, hasta el
punto de no reconocer los rostros queridos y evitar los luga-
res en los que se han criado, quien así piense o bien está pa- F
sando por alto la evidencia o bien es que, comprendiendo sus
consecuencias, tiene ganas de echar un pulso a la verdad.

6. SOCLARO.— Me parece que tus consideraciones son
correctas; pues los estoicos y peripatéticos[20] se inclinan
abiertamente por la tesis contraria, en el sentido de que la
justicia no tiene posibilidad de existir, sino que simplemente
carece de sustancia y de existencia, si todos los animales
participan de la razón; y es que o bien resulta inevitable que 964A
seamos injustos si no prescindimos de ellos, o bien la vida
resulta imposible e inviable si no nos servimos de ellos; y de
alguna manera llevaremos una vida de fieras si renunciamos
a servirnos de ellos. Paso por alto a las innumerables miría-

---

[20] Sobre los estoicos, cf. *SVF*, III 367-376 (sección *«iuris communionem non pertinere ad bruta animalia»)*. La alusión al Perípato resulta algo extraña, especialmente si tenemos en cuenta las opiniones de Teofrasto al respecto (cf. Introducción); hay quien, como F. Becchi, ha supuesto que el pasaje está corrupto.

das de nómadas y trogloditas que no conocen más alimento que la carne; pero a nosotros, que pasamos por llevar una vida civilizada y humanizada, no es fácil decir qué clase de ocupaciones en tierra o por mar, qué artes en los montes, qué vida refinada nos ha de quedar si aprendemos a tratar a
B los animales con cuidado y sin causarles perjuicio, pues así procede hacer si todos ellos son racionales y de nuestro mismo linaje. Así que no tenemos forma de remediar ni de solventar este conflicto que supone o la abolición de nuestra vida o la de la justicia, a no ser que observemos la antigua ley y precepto por la cual, de acuerdo con Hesíodo, aquel que separó las naturalezas y situó a cada género aparte dio

ley a los peces y fieras y pájaros aleteantes
uno al otro comerse, que no hay entre ellos justicia;
más a los hombres justicia les dio[21]

recíproca. Y con seres a los que no les es dado ejercitar la justicia con nosotros, tampoco nosotros tenemos la posibilidad de ser injustos; porque quienes han rechazado este argumento no han dejado otra vía, ni ancha ni estrecha, por la que pueda hacer acto de presencia la justicia[22].

C 7. AUTOBULO.— Eso que has dicho, amigo, te ha salido «del corazón»[23]. Desde luego que no hay que permitirles a los filósofos que, como si fueran mujeres con dificultades para parir, se pongan al cuello un collar para acelerar el parto y puedan así fácilmente y sin penalidades darnos a luz

[21] *Trabajos y días* 277-279, trad. de A. GARCÍA CALVO.
[22] Todo este pasaje aparece casi idéntico en PORFIRIO, *Sobre la abstinencia* I 4-6.
[23] Cf. EURÍPIDES, fr. 412 NAUCK.

a la justicia; pues tampoco ellos le conceden a Epicuro, en aras de las más graves consideraciones, una cosa tan pequeña e insignificante, a saber, que un solo átomo se desvíe lo más mínimo, para que los astros, los seres vivos y el azar puedan hacer acto de presencia y nuestro albedrío no quede anulado[24]; pero si ellos le instan[25] a que o demuestre lo que no es evidente o que tome como punto de partida alguna evidencia, ¿cómo va a ser apropiado que hagan suposiciones acerca de los animales en vistas a su concepto de justicia, si tampoco en eso hay acuerdo general ni ellos lo demuestran de otra forma? Pero la justicia tiene aquí otro D
camino, no uno tan precario, abrupto y que discurre por entre evidencias arruinadas, sino aquel que, bajo la guía de Platón, muestra mi hijo y compañero tuyo[26], Soclaro, para los que quieran seguirlo y aprender dejándose de querellas. Porque Empédocles y Heráclito dan por cierto que desde luego el hombre no está por completo limpio de injusticia cuando maneja de esa manera a los animales, y con frecuencia increpan y reprochan a la naturaleza, diciendo que es «necesidad» y «guerra», y que no es pura ni libre de mezcla, sino que discurre a través de muchos e injustos su- E
frimientos[27]; de ahí que digan que la generación misma surge de una injusticia, pues en ella lo inmortal concurre con lo mortal, y la criatura se nutre de forma antinatural con miembros sustraídos a su progenitor. Claro que todo esto

[24] Como es bien sabido, Epicuro sostenía que los átomos, en momento y lugar no determinables, se desviaban de su camino y gracias a ello se producían choques y combinaciones que daban lugar a los diferentes cuerpos; cf. la exposición clásica en Lucrecio, II 216 ss.

[25] Seguimos la reconstrucción del texto propuesta por Sandbach (en la ed. de Loeb mencionada en la introducción).

[26] Es decir, el propio Plutarco.

[27] Cf. Empédocles, B 135 Diels-Kranz; Heráclito, B 80 de la misma edición.

parece excesivamente fuerte y amargo. Pero hay otra solución armoniosa, que no priva a los animales de razón y que salvaguarda la justicia si se hace un uso adecuado de ellos; tal fue la que, introducida por los sabios de antaño, fue expulsada y derogada por la glotonería aliada con el lujo, pero que, a su vez, restauró Pitágoras, enseñándonos a obtener
F provecho sin cometer injusticia. Pues no la cometen quienes castigan o dan muerte a los animales intratables o exclusivamente dañinos, mientras que a los pacíficos y amigos del hombre los domestican y los ponen a colaborar en las tareas a las que cada cual está naturalmente inclinado:

sementales de caballos y de burros y linajes de toros

que el Prometeo de Esquilo[28] dice habernos concedido

965A *como sirvientes y aliviadores de los trabajos.*

Y se sirven de perros como guardianes o apacientan a cabras y ovejas para ordeñarlas y esquilarlas. Y es que ni la vida queda cancelada ni los recursos del hombre agotados por no tener bandejas de pescado o hígados de oca, o por no trocear bueyes y cabritos para el banquete, ni tampoco si, aburrido en el teatro o cazando por diversión, deja de obligar a unos animales a que contra su voluntad se envalentonen y luchen, mientras aniquila a otros que ni siquiera están capacitados para defenderse. Pues soy de la opinión de que quien se divierte jugando debe hacerlo con compañeros de juego que también disfruten con ello, y no como lo que de-
B cía Bión, que los chiquillos apedrean a las ranas por diversión, pero las ranas se mueren y no de broma sino de ver-

[28] Cita del *Prometeo liberado* (tragedia perdida), fr. 198a Radt.

dad[29]; del mismo modo el hombre caza y pesca, disfrutando con el sufrimiento y la muerte de los animales, incluso apartándolos lastimosamente de sus cachorros y polluelos. Conque no es quien se sirve de los animales quien comete injusticia, sino quien lo hace de forma dañina, negligente y con crueldad.

8. Soclaro.— Conténte, Autobulo, y echa el cierre a tu acusación, que aquí se acercan en tropel nuestros amigos, todos ellos cazadores, y ha de ser tan difícil hacerles cambiar de opinión como innecesario es ofenderles.

Autobulo.— Bien me aconsejas; pero a Eubíoto y a mi primo Aristón los conozco bien, así como a Eácides y aquí a c
Aristotimo, los hijos de Dionisio de Delfos, también a Nicandro el de Eutidamo, «expertos» como dice Homero[30], en la caza terrestre, razón por la que estarán todos ellos del lado de Aristotimo; por su lado viene también Fédimo, llevando en torno suyo a estos isleños y habitantes de la costa, Heracleón de Mégara y Filóstrato de Eubea, «que se ocupan de las tareas del mar»[31]. Pero

El Tidida no sabrías decir con qué bando está[32],

me refiero aquí a mi coetáneo Optato, que ha honrado

con numerosos despojos tanto de la caza marina
como de la montaraz

[29] Bión de Borístenes, filósofo de talante cínico (*c.* 335-245 a. C.), impulsor del género popular de la diatriba.

[30] En *Odisea* VIII 159, entre otros lugares.

[31] *Odisea* V 67.

[32] *Ilíada* V 85.

a la diosa que es al tiempo Cazadora y Dictina[33], y que aquí
D viene hacia nosotros, evidentemente con la intención de no adherirse a ninguno de los dos bandos. ¿O hacemos mal en suponer, querido Optato, que serás juez imparcial y ecuánime de los muchachos?

OPTATO.— Supones muy bien, Autobulo; pues hace ya tiempo que dejó de estar vigente la ley de Solón que castigaba a quienes en una querella no se ponían de parte de uno ni de otro[34].

AUTOBULO.— Ven pues y siéntate aquí con nosotros; así, si hace falta un testimonio, no tendremos que marear los libros de Aristóteles, sino que haremos caso de tu experiencia para emitir un voto cabal sobre lo que se diga.

SOCLARO.— Bien, jóvenes, ¿os habéis puesto de acuerdo sobre el orden?

FEDIMO.— Así es, Soclaro, aunque ello provocó no po-
E cas discusiones; al final, como dice Eurípides,

las suertes, hijas del azar, encomendadas para ello[35],

hacen pasar la causa de los animales terrestres por delante de la de los marinos.

SOCLARO.— Entonces, Aristotimo, es el momento de que tú hables y nosotros escuchemos.

9. ARISTOTIMO.— La sala para los litigantes [***][36] y otros malgastan su esperma acosando a las hembras en el

[33] Se refiere, claro está, a Ártemis («Dictina» tiene que ver con *díktyon*, «red de caza»); los versos que se citan son de autor desconocido.

[34] Cf. por ejemplo, *Vida de Solón* 20, 89a, donde se dice que se trataba de evitar la indiferencia de los ciudadanos ante los asuntos públicos.

[35] EURÍPIDES, fr. 989 NAUCK.

[36] El texto presenta una laguna; por lo que sigue, da la impresión de que Aristotimo se lanza al instante a atacar a su adversario.

momento de desovar; y una especie de mújol que llaman *pardías* se alimenta de sus propias babas; y el pulpo se pasa el invierno sentado devorándose a sí mismo

en su casa sin fuego y sus tristes moradas[37];

hasta tal punto es perezoso, o insensible, o glotón, o reo de todo ello. De ahí que también por su parte Platón, al expo- F
ner sus leyes, prohibiera o mejor dicho expresara el deseo de que no se apoderase de los jóvenes el amor por la caza marítima[38]; y es que no se ejercitan en el vigor ni practican la habilidad ni hacen nada de cuanto contribuye a la fuerza, la velocidad o el movimiento cuando luchan con lubinas, con-
grios o escaros; mientras que allí los animales fogosos ejer- 966A
citan la valentía y el amor al peligro de quienes se les enfrentan, los animales astutos la reflexión y la inteligencia de quienes les acechan, y los animales veloces ponen a prueba la fortaleza y resitencia de sus perseguidores. Y esto es lo que ha hecho de la caza algo hermoso, mientras que en la pesca nada hay de glorioso; ni, desde luego, amigo mío, ha habido dios alguno que considerase digno recibir el calificativo de «matador de congrios», como Apolo «matador de lobos», o «flechadora de mújoles» como Artemis «flechadora de ciervos». Y nada tiene ello de sorprendente, puesto que es más glorioso que una persona atrape un jabalí, un ciervo o, por Zeus, un corzo o una liebre, que no que lo compre, mientras que en el caso de atunes, caballas o bonitos, es de mejor tono ir a comprarlos que no a pescarlos uno
mismo; y es que su mezquindad, su total falta de recursos y B

---

[37] Hesíodo, *Trabajos y días* 525; sobre el pulpo, cf. también Aristót., *Hist. anim.* 591a4 (que tacha de falsa esta creencia), y Plinio, *Hist. nat.* IX 87. Véase también después, 978F.

[38] Cf. *Leyes* VII 823d.

de astucia ha hecho de su captura algo vergonzoso, indeseable e impropio de personas libres.

10. Y, en general, las cualidades por las que los filósofos demuestran que los animales participan de razón son la intencionalidad, los preparativos, la memoria, las emociones, el cuidado de la prole, el agradecimiento a sus benefactores y el rencor contra quien les ha perjudicado, y además la capacidad de dar con lo que necesitan y las demostraciones de virtudes tales como la valentía, la sociabilidad, la continencia o la magnanimidad. Observemos ahora a los animales marinos, que no dan ninguna muestra de ello, o si acaso un destello debilísimo y difícil de percibir apenas para un observador; mientras que entre los animales de a pie y nacidos en la tierra es posible encontrar y observar ejemplos
C notables, claros y seguros de cada una de las cualidades mencionadas.

Bien, considera en primer lugar la intención y los preparativos de los toros cuando levantan polvo con las patas antes de entrar en combate, o de los jabalíes afilando sus colmillos; y los elefantes, como la madera que escarban o arrancan para alimentarse deja los colmillos romos por el desgaste, se sirven de uno de ellos para ese menester, mientras que el otro lo conservan siempre afilado y puntiagudo para defenderse[39]. El león, por su parte, se desplaza siempre con las zarpas contraídas, manteniendo ocultas en el interior las garras, de forma que no se desgasten ni queden romas las puntas y también para evitar ir dejando pistas fáciles a
D los rastreadores; no es fácil, en efecto, dar con la huella de una zarpa de león, antes bien, uno se encuentra con rastros débiles y opacos que le hacen perder el rumbo y equivocar-

[39] Cf. Eliano, *Hist. anim.* V 45; VI 1, 56.

se de camino. Seguramente habéis oído cómo la mangosta no le va a la zaga a ningún hoplita que se arma para el combate: tal es la cantidad de barro con que se rodea y embadurna el cuerpo a modo de coraza cuando se apresta a atacar al cocodrilo[40]. Vemos también los preparativos de las golondrinas antes de la reproducción, con qué habilidad colocan primero debajo las ramitas más consistentes, a modo de cimientos, amoldando después sobre ellas las más ligeras; y si se dan cuenta de que el nido necesita un poco de barro para mantenerse bien pegado, sobrevolando al ras una laguna o el mar mojan las puntas de sus plumas, lo suficiente para E que queden mojadas pero no pesadas por la humedad, y recogiendo después polvo, embadurnan de esta manera y dan trabazón a aquellas partes que se están aflojando o escurriendo; además dan a su obra una forma no angulosa ni con muchos lados, sino lo más lisa y esférica posible, como que así resulta ser estable y espaciosa y además apenas ofrece puntos de agarre por el exterior a las asechanzas de las fieras[41].

En cuanto a las labores de la araña, modelo tanto de los tejidos de las mujeres como de las redes de los pajareros, tendría uno más de un motivo para la admiración. En efecto, está la precisión de la hebra y el hecho de que la tela no tenga discontinuidades ni parezca una urdimbre, sino que gene- F ra la continuidad de una fina membrana y una trabazón que procede de cierta viscosidad incorporada a ella de forma invisible; está también el temple de los colores, que da a su superficie un aspecto aéreo y neblinoso que favorece el pasar desapercibida. Pero está sobre todo la propia forma de

[40] Cf. Aristót., *Hist. anim.* 612a15; Ant. Caristo, 32 (38); Eliano, *Hist. anim.* III 22.

[41] Cf. Aristót., *Hist. anim.* 612b21 ss.; Ant. Caristo, 37 (43); Plinio, *Hist. nat.* X 92; Eliano, *Hist. anim.* III 24-25.

llevar las riendas y de pilotar la araña su invento cuando cae en él alguna presa; que, dándose cuenta de ello y utilizando su entendimiento, al momento, como alguien hábil en el manejo de las redes, concentra en un punto y estrecha su
967A trampa sobre la víctima[42]. Y si este proceso resulta creíble es porque podemos verlo y contemplarlo cada día, de lo contrario parecería una invención; como nos lo parecía la historia de los cuervos de Libia que, cuando tienen sed, lanzan piedras hasta llenar el pozo y hacer que el agua suba hasta estar a su alcance[43]; pero más tarde, cuando vi cómo un perro en un barco lanzaba guijarros en una vasija medio llena de aceite, aprovechando la ausencia de los marineros, quedé admirado al ver cómo captaba y comprendía la presión que producen los cuerpos más pesados sobre los más ligeros al irse aquellos al fondo.

Parecidas son también las historias sobre las abejas cre-
B tenses y las ocas de Cilicia. Aquellas, en efecto, cuando se disponen a rodear algún promontorio azotado por los vientos, se cargan con pequeñas piedrecillas para no verse arrastradas; mientras que las ocas, por temor a las águilas, cuando cruzan el Tauro toman una piedra de tamaño regular en el pico, como si impusieran un freno y acallaran su ruidosa locuacidad, para así pasar desapercibidas en silencio[44].

También es muy conocida la forma de volar de las grullas. Y es que cuando hace mucho viento y el aire es recio, no vuelan como cuando hace buen tiempo, en fila o formando un arco como el de la luna creciente, sino que al punto forman un triángulo cuya punta corta el aire en mo-

---

[42] Cf. Filón, *De animal.* 17; Plinio, *Hist. nat.* XI 80-83.

[43] Cf. Eliano, *Hist. anim.* II 48, que de esta habilidad deduce que los cuervos saben por instinto que «dos cuerpos no pueden ocupar el mismo lugar».

[44] Cf. Eliano, *Hist. anim.* V 13, 29.

vimiento, de manera que no se desbarate la formación. Y C cuando se posan en tierra, las que montan la guardia por la noche se sostienen sobre una pata mientras con la otra agarran y sujetan una piedra; pues la propia tensión de tenerla agarrada mantiene largo tiempo en vigilia a la grulla; y cuando la suelta, la piedra al caer despierta al momento al animal que se ha descuidado[45]; así que no me sorprende demasiado que Heracles, colocando el arco bajo la axila y

rodeándolo con su fuerte brazo,
duerma con su mano derecha asida a la maza[46].

Como tampoco me produce admiración la persona a la que primero se le ocurrió cómo abrir una ostra, cuando pienso en las argucias de las garzas reales; y es que se tragan un D mejillón cerrado y soportan las molestias hasta que notan que se relaja y distiende por efecto del calor; y entonces lo expulsan, ya abierto y desplegado, y extraen la parte comestible[47].

11. Es imposible describir detalladamente los preparativos y quehaceres domésticos de las hormigas, pero pasarlos completamente por alto sería pecar de desidia; y es que no hay en la naturaleza otro espejo tan pequeño de los valores más grandes y hermosos: como en una gota de agua pura, se ve en ellas el reflejo de la virtud en todos sus aspectos. «Allí existe la amistad»[48], en su vida social; hay también la ima-

[45] Sobre las grullas, cf. Aristót., *Hist. anim.* 597a32, 614b18; Eliano, *Hist. anim.* III 13; Plinio, *Hist. nat.* X 59, 63.

[46] Fragmento de autor trágico desconocido (fr. 416 Radt).

[47] Cf. Aristót., *Hist. anim.* 614b27; Pseudo-Aristót., *Mirabilia* 14; Ant. Caristo, 41 (47); Plinio, *Hist. nat.* X 115; Eliano, *Hist. anim.* III 20 (en todos estos pasajes, esta habilidad se atribuye al pelícano) y V 35.

[48] *Iliada* XIV 216.

gen del valor en su espíritu infatigable, así como abundantes
E semillas de templanza, de sabiduría y de justicia. Y así Cleantes[49], a pesar de afirmar que los animales no están dotados de inteligencia, decía haber presenciado el siguiente espectáculo: llegaron a un hormiguero ajeno un grupo de hormigas con el cadáver de uno de sus congéneres; salieron entonces algunas del tal hormiguero, tuvieron, por así decir, un encuentro con aquellas y volvieron a meterse dentro; esto se repitió dos o tres veces; finalmente las del hormiguero su-
F bieron a modo de rescate por el cadáver un gusano, que las hormigas forasteras se echaron a las espaldas, devolviendo entonces el cadáver y marchándose. Entre las cosas de evidencia universal está la consideración que muestran al encontrarse unas con otras, pues las que no llevan carga alguna se apartan del camino y dejan paso a las que sí la llevan; como también la costumbre de roer y desmembrar las piezas difíciles de transportar o de hacer pasar por un sitio determinado, para hacer de ellas una carga fácil para un gran número de hormigas. Y cuando desperdigan sus huevos y los refrigeran al aire libre, esto es para Arato anuncio de lluvia:

Las hormigas sacan lo más rápido posible todos sus huevos
de la cóncava madriguera[50];

y algunos no escriben aquí «huevos» sino «provisiones»[51], refiriéndose a que sacan al exterior el grano almacenado cuando notan que se está enmoheciendo y temen que se pu-

[49] El filósofo estoico (331-232 a. C.); la cita, en *SVF*, I, fr. 515.

[50] *Fenómenos* 956-957.

[51] Seguimos el texto de Hubert (el de la ed. Loeb es muy distinto); en todo caso, parece claro que Plutarco leía a Arato en una edición con comentario.

dra y eche a perder. Pero lo que sobrepasa cualquier otra 968A
idea de inteligencia es la antelación con la que intuyen la
germinación del trigo. Pues, naturalmente, el trigo no per-
manece en todo momento seco e incorruptible, sino que du-
rante el proceso de germinación experimenta una expansión
y se pone lechoso; así que para evitar que se convierta en
semilla y pierda su valor alimenticio, y para conseguir que
siga siendo comestible para ellas, se comen la parte de la
que surge el brote del trigo. Yo no apruebo a quienes, para
conocer a fondo los hormigueros, los destruyen[52] como si
practicaran una disección; en todo caso, cuentan que la gale-
ría que conduce de bajada desde la entrada no es recta ni fá-
cilmente atravesable para otros animales, sino que a través B
de vueltas y de giros tortuosos, con túneles y agujeros, de-
semboca en tres cavidades, una que es su morada común,
otra el almacén de provisiones y una tercera en la que se de-
posita a los moribundos[53].

12. Supongo que no os parecerá fuera de lugar que a
continuación de las hormigas traiga a colación a los elefan-
tes, para que así comprendamos simultáneamente la natura-
leza de la inteligencia en los organismos más pequeños y en
los más grandes, pues ni en éstos deja de evidenciarse ni
andan aquéllos faltos de ella. Y bien, los demás se admiran
de todo lo que el elefante aprende y sabe y de las distintas y
cambiantes posturas que adopta en los teatros, cuya varie- C
dad y singularidad no es precisamente fácil de memorizar y
retener, ni siquiera para las personas; pero yo prefiero ver la

---

[52] El texto es muy dudoso; cf. el aparato crítico de la ed. de Hubert (Teubner).

[53] Entre otros muchos pasajes que tratan de las hormigas, cf. Filón, *De animal.* 42, 91-92; Plinio, *Hist. nat.* XI 108 ss.; Eliano, *Hist. anim.* VI 43, 50; Orígenes, *Contra Celso* IV 81, 83-85.

manifestación de su inteligencia en las actitudes y movimientos que el animal acomete por sí mismo, sin que se los enseñen, en un estado por así decir puro y sin mezcla. Así, no hace mucho que en Roma se adiestraba a un gran número de elefantes, enseñándoles a adoptar posturas peligrosas y a describir giros de difícil desarrollo; pues bien, a uno de ellos —el que más dificultades tenía para aprender, lo que le hacía ganarse continuas reprimendas y numerosos castigos— se lo vio de noche, solo, repitiendo y ensayando por propia iniciativa los ejercicios a la luz de la luna.

D Hagnón[54] cuenta que en Siria se criaba un elefante en casa de su dueño y que el encargado del animal, cuando recibía la ración de cebada, sisaba y sustraía cada día la mitad de ella; pero en cierta ocasión en que el dueño estaba presente y observaba la operación, el encargado sirvió la ración completa, ante lo cual el elefante lanzó una mirada y con ayuda de su trompa separó y dividió en dos montones la cebada, denunciando con toda la elocuencia posible la iniquidad del encargado. Y que otro elefante cuyo encargado mezclaba piedras y tierra en su ración de cebada, mientras aquél cocía carne agarró unas cenizas y las lanzó en la cace-
E rola. En Roma, un elefante al que los muchachos atormentaban pinchándole la trompa con sus estiletes, agarró a uno, lo levantó en el aire y parecía que lo iba a estampar contra el suelo; los presentes prorrumpieron en gritos, pero el animal volvió a dejarlo suavemente en el suelo y pasó de largo, considerando que el susto era castigo suficiente para un muchacho de su edad. En lo que respecta a los elefantes salvajes que viven independientes, se cuentan muchas historias maravillosas, entre otras la relativa a la forma de cruzar los ríos: el más joven y más pequeño se ofrece a pasar el prime-

[54] Hagnón de Tarso, discípulo del académico Carnéades (siglo II a. C.).

ro mientras los demás se quedan expectantes ya que, si aquel sobresale con su tamaño por encima de la corriente, los que son mayores que él tendrán un margen mayor de seguridad que les dará confianza[55].

13. Llegado a este punto en mi discurso no creo que deba pasar por alto lo relativo al zorro, dado su parecido con lo anterior. Pues bien, los narradores de mitos dicen que Deucalión soltó desde el arca una paloma y que el hecho de que volviera a bordo fue prueba de que la tormenta continuaba, mientras que cuando desapareció volando fue prueba de que el tiempo se había calmado; pero todavía hoy los tracios, cuando se disponen a cruzar un río helado, utilizan un zorro a modo de indicador de la solidez del hielo. El zorro avanza despacio y aplica el oído al suelo; y si por el ruido percibe que la corriente fluye cerca de la capa de hielo, conjeturando que dicha capa no es profunda sino fina e insegura, se detiene y, si se le permite, da marcha atrás; mientras que si no oye ruido cruza confiado[56]. Y no llamemos a esto tener un sentido aguzado pero carente de inteligencia, pues es más bien un silogismo basado en la percepción, tal que: «Lo que hace ruido se mueve; lo que está en movimiento no está helado; lo que no está helado es líquido; y lo líquido cede». Y los expertos en lógica afirman que en un cruce de caminos con varias bifurcaciones el perro hace uso del argumento disyuntivo múltiple y razona para sus adentros de este modo: «La fiera ha tomado este camino o este otro o este tercero; ahora bien, ni éste ni este; luego ha tomado el que queda»; la percepción no proporciona más que

F (margin, at "de-") · 969A (margin, at "El zorro") · B (margin, at "aden-")

[55] Algunos pasajes sobre el elefante: Filón, *De animal.* 27; Plinio, *Hist. nat.* VIII 6; Eliano, *Hist. anim.* VI 52.

[56] Cf. Eliano, *Hist. anim.* VI 24.

la menor, mientras que es la inteligencia la que aporta las premisas mayores y la conclusión a dichas premisas. Ahora bien, lo cierto es que el perro no necesita semejante testimonio, que es falso y engañoso; y es que es la propia percepción sensible la que, por medio de huellas y rastros, indica el camino por el que ha escapado el animal, mandando a paseo premisas disyuntivas y copulativas[57]. La naturaleza del perro puede conocerse a través de muchas otras acciones, actitudes y servicios en los que no interviene el olfato
C ni la vista, sino que sólo puede llevarlas a cabo o percibirlas con ayuda de la inteligencia y la razón. Claro que sería ridículo por mi parte hablaros a vosotros, que los veis y tratáis con ellos a diario, del dominio de sí, la obediencia y la perspicacia de los perros durante las partidas de caza.

A un romano llamado Calvo, muerto en la guerra civil, nadie pudo cortarle la cabeza hasta que rodearon y abatieron con dardos al perro que guardaba el cadáver y lo defendía. Y el rey Pirro iba de camino cuando se topó con un perro que montaba guardia en torno al cuerpo de un hombre al que se había asesinado; al enterarse el rey de que el animal llevaba allí tres días sin comer y se negaba a abandonar el cadáver, mandó que dieran sepultura a éste y que cuidaran del
D perro, que se llevaron con la comitiva. Pocos días más tarde hubo revista general y desfile de los soldados; el rey estaba sentado con el perro tranquilamente echado a su lado. Pero cuando el animal vio que pasaban por delante los asesinos de su amo, se lanzó corriendo, ladrando furiosamente contra ellos, y se volvía una y otra vez en dirección a Pirro, de forma que aquellos hombres resultaran sospechosos no sólo

---

[57] Para todo este pasaje, que debe de remontar a Crisipo, cf. Sexto Empírico, *Esbozos pirrónicos* I 69 (en un tono más o menos de burla); Porfirio, *Sobre la abstinencia* III 6; Eliano, *Hist. anim.* VI 59 (un perro que va tras el rastro de una liebre); Filón, *De animal.* 45.

para el rey sino para todos los presentes; así que se los apresó y sometió a interrogatorio, y con ayuda además de algunos pequeños indicios externos acabaron por confesar el crimen y fueron castigados[58].

Lo mismo dicen que hizo el perro del sabio Hesíodo: E
que puso en evidencia a los hijos de Ganíctor de Naupacto, responsables de la muerte de aquél[59]. Pero aún más reveladora que todo lo hasta aquí aducido es la historia que nuestros padres oyeron mientras estudiaban en Atenas. Un hombre se deslizó dentro del templo de Asclepio, se apoderó de los objetos de oro y plata de menos bulto y salió de allí creyendo que su acción había pasado desapercibida; pero el perro guardián, llamado Cáparo, después de que ninguno de los sacerdotes hiciera caso de sus ladridos, se puso a perseguir al ladrón en fuga. Al principio éste le lanzó piedras, pero el perro no cejó; cuando se hizo de día, se puso a seguirle F
sin acercarse demasiado, pero sin perderle de vista; el hombre le ofreció comida, pero él no la aceptó. Cuando el ladrón hizo un alto para descansar, el perro pasó la noche vigilándolo, y cuando reemprendió la marcha se puso en pie y se puso a seguirlo, moviendo el rabo a los caminantes que le salían al encuentro y ladrando al hombre sin separarse de él. Cuando los que habían salido en su persecución se informaron de todo ello gracias a esas personas que los habían visto, y que además les dijeron el color y el tamaño del perro, se pusieron a perseguir al ladrón con mayor celo, lo atraparon y se lo llevaron de vuelta desde Cromión. Y de regreso abría 970A
la comitiva el perro, todo ufano y exultante, como reivindicando para sí la caza y captura del ladrón de templos[60]. Se

---

[58] Cf. ELIANO, *Hist. anim.* VII 10.

[59] Compárese con lo que se cuenta en el *Banquete de los siete sabios* 19, 162C-F (donde los protagonistas son delfines).

[60] La misma historia en ELIANO, *Hist. anim.* VII 13.

decidió en votación que se le asignara una ración de comida a cuenta de los fondos públicos y se encargó a perpetuidad a los sacerdotes esta tarea, imitando así la magnanimidad de los antiguos atenienses con el mulo. Y es que en la época en que Pericles construía el templo de cien pies de largo en la Acrópolis, las piedras, como es natural, las acarreaban cada día numerosas recuas; pues bien, uno de los mulos, que había colaborado de buena gana en la obra y al que ya se había dispensado del trabajo por su edad, bajaba una y otra vez al Cerámico, iba al encuentro de las recuas encargadas de su-
B bir las piedras y subía con ellas trotando a su lado, como si les metiera prisa y animara; de tal modo que el pueblo, admirado de su celo, decidió que se le alimentara a cuenta del estado, votando su manutención como si fuera un atleta que ha sucumbido a la vejez[61].

14. Por eso, a quienes afirman que no debemos ningún tipo de justicia a los animales[62], hay que darles la razón en lo que a los del mar y los abismos se refiere, pues se trata de seres completamente carentes de gracia, sin afectos y con un temperamento que desconoce cualquier dulzura; y con razón dijo Homero

El glauco mar te dio a luz[63]

a un hombre con fama de salvaje e insociable, dando a entender que el mar no produce nada que sea manso o benévolo. Pero quien aplica el mismo cuento a los animales te-

---

[61] Cuenta la historia Aristóteles, *Hist. anim.* 577b30 ss.; también Eliano, *Hist. anim.* VI 49, y el propio Plutarco en *Vida de Catón el Viejo* 5, 339 a-b. El «templo de cien pies de largo» es el Partenón.

[62] Es decir, fundamentalmente los estoicos; cf. la Introducción.

[63] *Ilíada* XVI 34 (Patroclo dirigiéndose a Aquiles).

rrestres es persona cruel y feroz; o acaso es que ni siquiera C reconoce que existía un lazo de justicia entre Lisímaco y aquel perro de Hircania que fue el único que permaneció junto a su cadáver y, al arder éste en la pira, acudió corriendo para lanzarse al fuego. Lo mismo cuentan que hizo también el águila que tenía consigo Pirro, no el rey sino otro, un particular; cuando su amo murió, el animal permaneció junto al cadáver, durante el cortejo fúnebre se dedicó a sobrevolar el féretro y finalmente acudió a la pira y se dejó caer en ella, ardiendo junto con su amo[64].

El elefante del rey Poro, cuando éste se vio cubierto de heridas en la batalla contra Alejandro, le extrajo con ayuda D de su trompa, con suavidad y diligencia, muchos de los dardos; y aunque el propio animal estaba ya en mal estado, no cedió hasta que se dio cuenta de que el rey había perdido mucha sangre y estaba perdiendo el equilibrio; entonces, ante el temor de que cayera al suelo, se arrodilló proporcionándole un descenso no traumático. Y Bucéfalo, cuando no estaba ensillado, permitía que lo montase el mozo de cuadra, pero una vez engalanado con los arreos reales y los collares no dejaba acercarse más que al propio Alejandro; a cualquier otro que tratara de aproximarse le salía al trote relinchando con estrépito, encabritándose y pateándole si no E se apresuraba a dar marcha atrás y escapar[65].

---

[64] Lisímaco, muerto en 281 a. C., fue uno de los generales que acompañaron a Alejandro en sus conquistas y que le sucedieron a su muerte; sobre esta anécdota, cf. Duris, fr. 55 (en Jacoby, *Fragm. Gr. Hist.*, II 151); Plinio, *Hist. nat.* VIII 143; Eliano, *Hist. anim.* VI 25. Sobre el águila de Pirro, Eliano, *Hist. anim.* II 40 y VI 29.

[65] Cf. *Vida de Alejandro* 60, 699 b-c; Eliano, *Hist. anim.* VII 37; Plinio, *Hist. nat.* VIII 154; Arriano, *Anábasis de Alejandro* V 19, 5.

15. Me hago cargo de que mis ejemplos os puedan parecer algo así como un batiburrillo, pero es que tratándose de animales de natural inteligente no es fácil dar con una acción que sea reveladora de una sola de sus virtudes; antes bien, su generosidad se manifiesta también en su amor a su descendencia, su sabiduría en su nobleza, y su astucia e inteligencia no se pueden separar de su ardor y su valentía.

Pero bueno, para los que quieran clasificar y distinguir separadamente, los perros dan muestras de un talante a un tiempo civilizado y elevado cuando se apartan de quienes están sentados en tierra; como viene a decirse también en lo de

F *lanzáronse a una*
contra él con agudos ladridos; el héroe, prudente,
se sentó y el garrote dejó por el suelo[66];

y es que los perros se abstienen de acosar a los que, dejándose caer por tierra, han adoptado una actitud parecida a la humildad.

Cuentan también que llevaron ante Alejandro al perro de lucha más excelente que había entre los indios, y que cuando le soltaban un ciervo, un jabalí o un oso seguía tumbado sin inmutarse, despreciándolos, mientras que al dejarse ver un león al punto se ponía en pie y se aprestaba al combate,
971A con lo que era evidente que a este último lo convertía en su contrincante mientras despreciaba a todos los demás[67].

Los perros que persiguen liebres, si les dan muerte ellos mismos, gustan de desgarrarlas y de lamer ávidamente su sangre; pero cuando la liebre —como sucede con mucha

[66] *Odisea* XIV 30-31 (trad. de J. M. Pabón). La misma anécdota en Ant. Caristo, 24 (28).

[67] Cf. Eliano, *Hist. anim.* VIII 1, entre otros pasajes similares.

frecuencia - desespera de escapar y expira tras consumir en una última carrera lo que le quede de aliento, los perros, al llegarse ante el cadáver, se abstienen por completo de tocarlo y se quedan allí de pie moviendo la cola, como dando a entender que no es la comida lo que motiva su esfuerzo, sino la victoria y la emulación[68].

16. En cuanto a los muchos ejemplos de astucia, dejaré de lado a zorras y lobos, así como las argucias de grullas y grajillas, pues son del dominio público, y traeré a colación el testimonio de Tales, el más antiguo de los sabios, que, B
según se cuenta, despertó no poca admiración al ganarle a un mulo la partida por medio de una treta. Ocurrió que uno de los mulos encargados de acarrear la sal resbaló accidentalmente al entrar en un río, de modo que la sal se disolvió, y el animal, al levantarse tan ligero de peso, se dio cuenta de la causa y lo conservó en su memoria; de tal modo que cada vez que cruzaba el río se dejaba sumergir de intento y mojaba las alforjas, agachándose e inclinándose primero de un lado y luego del otro. Así que, enterándose Tales del caso, ordenó que llenaran las alforjas de lana y de esponjas en vez de sal, y que llevaran al mulo con esa carga. Y claro, cuan- C
do éste hizo como de costumbre y llenó la carga de agua, comprendió que su argucia no le traía ningún beneficio, y a partir de entonces cruzó el río con el cuidado y la atención necesarios para que el agua no rozase la carga ni por accidente[69].

Y las perdices ofrecen otra muestra de astucia que lo es al mismo tiempo de amor a la prole: adiestran a sus pollue-

[68] Cf. Eliano, *Hist. anim.* VIII 2.

[69] Una de tantas anécdotas atribuidas más o menos gratuitamente a Tales de Mileto (no recogida en los fragmentos de los presocráticos de Diels-Kranz); cf. Eliano, *Hist. anim.* VII 42.

los, que son aún incapaces de darse a la fuga, para que cuando los persigan se tumben boca arriba y disimulen su presencia echándose encima del cuerpo un trozo de tierra o algún otro desecho; mientras tanto las propias madres desvían a los perseguidores en otra dirección y atraen hacia sí la atención, revoloteando en torno suyo y alzando apenas el
D vuelo, hasta que haciéndoles así creer que las van a atrapar, los distraen bien lejos de los polluelos[70].

Cuando las liebres regresan a sus cubiles llevan a sus lebratos a sitios diferentes, que con frecuencia distan hasta un pletro uno de otro, de forma que, si se presenta el hombre o el perro, no se vean todos al tiempo expuestos al peligro; y los propios adultos van en sus correteos dejando huellas por todas partes, hasta que al fin dan un gran salto, dejando a gran distancia sus huellas, y así se van a dormir[71].

La osa, cuando va a entrar en el trance que llaman hibernación, antes de caer en un sopor completo y de que sus
E movimientos se hagan pesados y difíciles, limpia a fondo su guarida y cuando se dispone a introducirse en ella recorre el primer tramo de la forma más ligera y delicada posible, pisando con la punta de los dedos, para luego ponerse de espaldas e introducirse en la guarida[72].

Las ciervas prefieren dar a luz junto a los caminos, a donde no se acercan las fieras carnívoras; y los ciervos, cuando se sienten pesados por la grasa y el exceso de carnes, se quitan de enmedio y se ponen a salvo escondiéndose, al no confiar en sus posibilidades de fuga[73].

---

[70] Cf. Aristót., *Hist. anim.* 613b17 ss.; Ant. Caristo, 39 (45); Plinio, *Hist. nat.* X 100, 103; Eliano, *Hist. anim.* III 16.

[71] Cf. Eliano, *Hist. anim.* VI 47. Un pletro equivale a unos 300 metros.

[72] Cf. Eliano, *Hist. anim.* VI 3.

[73] Cf. Aristót., *Hist. anim.* 578b16 ss., 611a15, 611a22; Ant. Caristo, 29 (35); Eliano, *Hist. anim.* VI 11.

En cuanto a los erizos, su forma de defenderse y protegerse ha dado lugar al proverbio

muchos trucos conoce la zorra, pero el erizo uno decisivo[74]; F

y es que cuando aquélla se acerca, como dice Ión,

enrrollando su espinoso cuerpo en forma de pelota
se queda quieto, inaccesible al tacto o al mordisco[75];

pero es todavía más refinada la provisión que toma por sus pequeños. En otoño, se desliza bajo las viñas, con sus patas sacude los sarmientos y hace caer al suelo las uvas, y revolcándose se las lleva prendidas de sus púas (una vez, cuando 972A
yo era niño, pude ver el espectáculo, se diría un racimo andante o reptante: tal era la cantidad de frutos que llevaba encima); a continuación se mete en su madriguera y las ofrece a sus crías, tanto para consumirlas en el momento como para almacenarlas y racionarlas. Sus madrigueras tienen dos aberturas, una que mira al sur y otra al norte; y cuando presienten que va a cambiar el aire, como los pilotos cuando cambian el velamen, obstruyen la entrada que está de cara al viento y abren la otra. Y uno de Cícico que estaba enterado de esto se ganó fama de poder predecir por sí solo el viento que iba a soplar[76].

17. Juba afirma que los elefantes dan muestras de socia- B
bilidad combinada con la inteligencia. Y es que los cazadores les preparan hoyos que luego cubren con ramas finas y hojarasca ligera; pues bien, cuando un grupo numeroso de

---

[74] Es un verso del poeta Arquíloco (fr. 103 D).

[75] Ión, fr. 38 Nauck.

[76] Cf. Aristót., *Hist. anim.* 612b4-9, Pseudo-Aristót., *Mirabilia* 8; Eliano, *Hist. anim.* III 10; Plinio, *Hist. nat.* VIII 133.

elefantes va de camino y uno de ellos cae en un hoyo, los demás acarrean maderas y piedras y las lanzan al interior hasta llenar la cavidad de la zanja, de forma que aquél pueda salir con facilidad. Cuenta también Juba que los elefantes ruegan de forma espontánea a los dioses, purificándose en el mar y reverenciando al sol naciente con su trompa, que le-
C vantan a modo de manos suplicantes[77]. De ahí que sea el animal más caro a la divinidad, como pudo atestiguar Tolomeo Filopátor; y es que tras vencer a Antíoco quiso honrar de forma espléndida a la divinidad, así que entre otras muchas ofrendas para conmemorar la batalla, sacrificó a cuatro elefantes. Pero como más tarde le acometieran de noche sueños en los que el dios le amenazaba encolerizado por aquel sacrificio aberrante, no escatimó medios de apaciguarlo, entre ellos la erección de cuatro elefantes de bronce a modo de compensación por los que había mandado matar[78].

No les andan a la zaga los leones en lo que respecta a sociabilidad. En efecto, los ejemplares jóvenes llevan consigo de cacería a los que son ya lentos y viejos, y cuando éstos están fatigados, se tumban a esperar mientras los otros
D cazan; y si los jóvenes capturan alguna pieza, llaman a los otros profiriendo un rugido parecido al mugido de un ternero; tan pronto como los viejos lo oyen se presentan en el lugar para consumir la presa en común[79].

---

[77] Juba, rey de Mauritania (muerto hacia el 23 d. C.), escribió numerosas obras en griego, todas perdidas; los fragmentos aparecen recogidos en Jacoby, *Fragm. Gr. Hist.* III (fr. 51a y 53 para el pasaje que nos ocupa). Cf. también Plinio, *Hist. nat.* VIII 1-3, 24; Eliano, *Hist. anim.* VI 61, VII 44; Orígenes, *Contra Celso* IV 88.

[78] Tolemeo Filopátor fue rey de Egipto entre 221 y 205 a. C.; derrotó al seléucida Antíoco III en la batalla de Rafia (217 a. C.).

[79] Cf. Eliano, *Hist. anim.* IX 1.

18. Los amores de muchos animales son salvajes y enloquecidos, pero los de muchos otros tienen un refinamiento casi humano y un trato sexual no desprovisto de gracia. Tal era el del elefante de Alejandría que rivalizaba con Aristófanes el gramático, pues ambos estaban enamorados de la misma vendedora de flores; y el elefante no se quedaba atrás a la hora de hacer manifiesto su amor, pues cada vez que pasaba por el mercado le traía frutas, se quedaba largo rato junto a ella y metiéndole la trompa por dentro de las ropas a modo de mano, le acariciaba suavemente la flor de sus pechos[80].

Y la serpiente que se enamoró de la mujer de Etolia se E
pasaba la noche junto a ella, deslizándose por su piel y enroscándose sin hacerle el menor daño, ni queriendo ni sin querer; eso sí, con gran decencia, al amanecer solía retirarse. Tal era lo que hacía el animal una y otra vez, hasta que los parientes de la mujer la trasladaron a otro lugar más apartado. En las tres o cuatro noches siguientes no se llegó el animal ante ella, aunque lo más probable es que anduviera por allí errante en su busca; pero mal que bien acabó de algún modo por dar con ella, y la rodeó pero no con la suavidad acostumbrada sino de un modo algo más brusco, apretándole los brazos contra el cuerpo con los anillos y fustigándole las pantorrillas con el extremo de la F
cola, aunque el enojo de que daba muestras era más bien leve y cariñoso, con más indulgencia que afán de castigar. En cuanto al ganso enamorado de un muchacho en Egio y al carnero que ardía en deseos por Glauca la citarista, dado que son casos célebres y que supongo que estáis ya satu-

[80] El gramático en cuestión es Aristófanes de Bizancio, director de la Biblioteca de Alejandría entre *c.* 194 y 180 a. C. Cf. también Plinio, *Hist. nat.* VIII 13 y Eliano, *Hist. anim.* I 38.

rados con tantas historias al respecto, en vista de ello los pasaré por alto[81].

19. Y me parece que los estorninos, cuervos y loros, que aprenden a hablar y ofrecen a sus maestros un flujo
973A vocal tan maleable e imitativo para entrenar y educar, son defensores y abogados de los demás animales en lo relativo a la capacidad de aprendizaje, haciéndonos ver de algún modo que están dotados tanto de facultad de expresión como de voz articulada; por lo que es una gran ridiculez someterlos a comparación con aquellos otros animales que ni siquiera tienen voz suficiente para aullar o gemir[82]. Y de cuánta es la musicalidad y la gracia que hay en sus gorjeos espontáneos y no aprendidos, dan testimonio nuestros poetas más elocuentes y armoniosos cuando comparan sus más dulces poemas y canciones con los cantos del cisne y del ruiseñor. Y puesto que la capacidad de enseñar denota más racionalidad que la de aprender, hay sin más que hacer caso a Aristóteles cuando dice que
B los animales también hacen lo primero: pues en efecto, se pudo ver a un ruiseñor enseñando a cantar a su polluelo. Apoya también su afirmación el hecho de que los ejemplares que han sido capturados de pequeños y criados lejos de sus madres canten peor; y es que los que se crían con ellas reciben enseñanza y aprenden no a cambio de dinero ni por deseos de gloria, sino por el placer de rivalizar en el

---

[81] Eliano, *Hist. anim.* VI 17, cuenta la misma historia con una joven de Judea; sobre los otros dos casos, cf. Filón, *De animal.* 66; Plinio, *Hist. nat.* X 51; Eliano, *Varia historia* IX 39, *Hist. anim.* V 29, VIII 11 (otros ejemplos de animales enamorados de personas); Ateneo, XIII 606 c.

[82] Cf. Plinio, *Hist. nat.* X 117, 121; Eliano, *Hist. anim.* VI 19, XIII 18.

canto, más preocupados por la hermosura de la voz que no por su utilidad[83].

Y a este respecto puedo contaros una historia que oí de labios de numerosos griegos y romanos, presentes en el caso. Un barbero de Roma, que tenía su establecimiento delante del recinto que llaman «Mercado de los griegos», tenía C consigo un arrendajo que era un prodigio por la variedad de tonos y de modulaciones de que era capaz; reproducía tanto las palabras humanas como los ruidos de animales y los sonidos de instrumentos, y ello sin que mediara coacción, sino que se había habituado a ello y tenía a honra no dejar sonido sin pronunciar o imitar. Y bien, sucedió que llevaban a enterrar a un hombre rico al son de numerosos clarines, y los músicos, haciendo una parada donde la barbería, como era costumbre, pasaron largo rato tocando, ante la aprobación y las solicitaciones del público. Pero a partir de ese día el arrendajo quedó mudo y sin habla, sin emitir siquiera su propia voz para sus necesidades naturales. Así que los que D antes habían admirado su voz estaban ahora aun más admirados de su silencio, al pasar junto al lugar enmudecido y privado del sonido acostumbrado. Se sospechaba de algún envenenamiento por parte de los compañeros de gremio del barbero; pero la mayoría conjeturaba que los clarines habían afectado el oído del animal, y que la audición había provocado la extinción de la voz. Pero no era ni lo uno ni lo otro, sino, a lo que parece, ascesis y retiro interior de la facultad imitativa, como si ésta estuviera poniendo a punto y preparando el instrumento de la voz; pues de repente volvió por sus fueros y estalló, pero no con aquellas antiguas imitacio-

---

[83] El pasaje de ARISTÓTELES al que se alude es *Hist. anim.* 536b18; cf. también *Hist. anim.* 608a15; ELIANO, *Hist. anim.* III 40; PLUTARCO, *Grilo* 992B-C, en este mismo volumen.

E nes acostumbradas, sino emitiendo las melodías de los clarines con sus mismos compases y marcando todas las variaciones, ritmos y notas[84]. Así que, como decía, la capacidad autodidacta de los animales es mayor indicio de inteligencia que su facilidad para aprender de otros.

Con todo, me parece que no puedo dejar de contar al menos una habilidad canina que pude contemplar en Roma. Se trataba de un perro que participaba en una pantomima con una trama dramática y varios personajes, y el animal ejecutaba las acciones que convenían a las vicisitudes y situaciones argumentales. Entre otras cosas, experimentaban en él una droga hipnótica, pero que se suponía era letal; el perro aceptaba el pan en el que supuestamente estaba mez-
F clada la droga, se lo comía y al poco rato parecía que empezaba a temblar, que perdía pie y se amodorraba, hasta que finalmente se estiraba y quedaba como cadáver, dejando que lo arrastraran y lo llevaran de un sitio a otro, de acuerdo con las indicaciones argumentales. Y cuando, a través de lo que se decía y hacía, comprendía llegado el momento, lo primero empezaba a moverse pausadamente, como el que sale de un sueño profundo, levantaba la cabeza y lanzaba una mirada
974A en derredor; a continuación, ante el asombro del público, se ponía en pie, se dirigía hacia la persona apropiada y empezaba a hacerle zalemas entre muestras de contento y de alegría, lo que conseguía emocionar a todos los presentes, incluido el César (y es que el viejo Vespasiano estaba presente en el teatro de Marcelo).

20. Y quizá resulte ridículo nuestro afán por exaltar la capacidad de aprendizaje de los animales, cuando Demócrito demuestra que los hombres hemos sido discípulos su-

---

[84] Cf. Porfirio, *Sobre la abstinencia* III 2; Eliano, *Hist. anim.* VI 19.

yos en cuestiones de la máxima importancia: de la araña en el arte de hilar y remendar, de la golondrina en la construcción de viviendas y de los melodiosos cisnes y ruiseñores en el canto imitativo[85].

Y de los tres aspectos de la medicina[86], vemos en los animales una porción notable de cada uno. Que no sólo ha- B
cen uso de las drogas curativas, como las tortugas cuando comen orégano o las comadrejas ruda después de haber devorado una serpiente; los perros se purgan a sí mismos con cierta hierba cuando están rabiosos; la serpiente afina y aguza con hinojo su vista que flaquea. La osa, cuando sale de su guarida, lo primero que come es aro silvestre, pues su acritud abre su intestino, que se ha quedado apelmazado; otras veces, cuando siente náuseas, se dirige a los hormigueros, se sienta y saca su lengua reluciente y suave, llena de dulce saliva, hasta que se llena de hormigas, pues su ingestión la C
alivia[87]. Los egipcios dicen que han observado e imitado la lavativa del ibis cuando se purga con salmuera; y los sacerdotes se purifican con el agua de la que ha bebido el ibis, pues si el agua está envenenada o es insana por cualquier razón, el animal no se acerca a ella[88].

No sólo eso: algunos animales se cuidan absteniéndose de comida, como los lobos y leones que, cuando están saciados de carne, se mantienen en reposo tumbados, calen-

[85] Demócrito, fr. B 154 Diels-Kranz; cf. también Lucrecio, V 1379-1380 (invención de la música), además de los pasajes anteriores de esta misma obra (966D-E, 973A).

[86] A juzgar por lo que sigue, serían la farmacopea (uso de drogas), la dieta (régimen general de vida) y la cirugía.

[87] Cf. Aristót., *Hist. anim.* 612a24-29, 31, 612a6, 611b35, 600b11; Ant. Caristo, 34 (40); Plinio, *Hist. nat.* VIII 98-99, 129; Eliano, *Hist. anim.* III 5, IV 14, VI 12, V 46, VIII 9, IX 16, VI 3.

[88] Cf. Plinio, *Hist. nat.* VIII 97; Eliano, *Hist. anim.* II 35, VII 45 (el ibis era animal sagrado entre los egipcios).

tándose al sol. Dicen también que si a una tigresa se le da un cabritillo, se mantiene a dieta y no come durante dos días,
D hasta que al tercero le entra hambre y pide alguna otra cosa de comer, llegando incluso a destrozar la jaula, pero al cabritillo ni lo toca, pues lo considera ya como un familiar compañero de cautiverio[89].

Todavía más, cuentan que los elefantes conocen la cirugía, pues colocándose junto a los heridos les extraen fácilmente los dardos, lanzas y flechas, sin desgarrar la carne ni provocar daño alguno. Y las cabras de Creta, al expulsar sin dificultad las flechas cuando comen el díctamo, dieron a las preñadas una lección sobre las propiedades abortivas de la planta, pues cuando están heridas no van en búsqueda y persecución de otra cosa que no sea díctamo[90].

21. Pero todo esto, con ser admirable, no lo es tanto si se compara con las criaturas que comprenden el número y son
E capaces de contar, como es el caso de las vacas de las cercanías de Susa. Allí están regando el parque real por medio de un sistema de baldes giratorios, cuyo número está fijado; y es que cada vaca levanta cada día cien baldes, pero no más, ni por inadvertencia ni aunque se intente forzarlas a ello. Es más, muchas veces tratan los hombres de sobrepasar el número, a ver qué pasa, pero el animal, una vez que ha cumplido con lo establecido, se detiene y no sigue adelante;

[89] Cf. Eliano, *Hist. anim.* VI 2.

[90] Cf. Eliano, *Hist. anim.* VII 45; Filóstrato, *Vida de Apolonio de Tiana* II 16 (los elefantes); Aristót., *Hist. anim.* 612a3; Teofrasto, *Historia de las plantas* IX 16, 1; Ant. Caristo, 30 (36); Plinio, *Hist. nat.* XXV 92; Eliano, *Varia historia* I 10 (las cabras).

tal es la exactitud con la que lleva la cuenta y recuerda el total, como dejó escrito Ctesias de Cnido[91].

Los libios se burlan de los egipcios porque éstos cuentan la historia de que el antílope órix emite una voz el mismo F día y a la misma hora en que surge en el cielo la estrella que ellos llaman Sotis y nosotros el Perro y Sirio; y es que dicen que todas sus cabras al unísono, cuando el astro alcanza exactamente la altura del sol, se vuelven hacia allí y quedan mirando a oriente, y que esto es el indicio más seguro de su retorno cíclico, y que concuerda en grado sumo con sus tablas matemáticas[92].

22. Pero para que mi discurso acabe con el colofón de- 975A bido, ea, saquémonos el último as[93] y hablemos brevemente del sentido de la divinidad y del poder adivinatorio de los animales. En efecto, no es una rama menor ni oscura de la adivinación, antes al contrario, una importante y antiquísima, aquella que recibe el nombre de «auspicios»[94]; pues la aguda capacidad de los pájaros de comprender y de dar una respuesta versátil a cualquier manifestación, le permite a la divinidad servirse de ellos a modo de instrumento y provocar sus movimientos, sus voces, sus gritos, sus formaciones que son unas veces de signo contrario y otras de signo favo-

---

[91] Ctesias residió en la corte de Artajerjes II (1.ª mitad del siglo IV a. C.) y escribió sobre Persia y la India (éste es el fr. 53 de JACOBY); la misma anécdota aparece en ELIANO, *Hist. anim.* VII 1 (cf. también IV 53).

[92] Cf. PLINIO, *Hist. nat.* II 107; ELIANO, *Hist. anim.* VII 8; ANT. CARISTO, 60 (66).

[93] Literalmente, «movamos la (ficha) de la (línea) sagrada», expresión proverbial que se refiere a un juego parecido a las damas (cf. también *Moralia* 783B, con las explicaciones de M. CUVIGNY en su ed. francesa de Belles-Lettres), y cuyo sentido es el que refleja nuestra traducción.

[94] En griego *oiōnostikḗ* (recuérdese que *auspicium* procede de *auis* y de *-spicio*, «observación de[l vuelo de] las aves»).

rable, como los vientos; unas veces para detener, otras para enderezar y llevar a buen puerto acciones y empresas. Por
B eso Eurípides llama a los pájaros, de forma genérica, «heraldos de los dioses»; y Sócrates dice en concreto que se tiene a sí mismo por «compañero de esclavitud de los cisnes»[95]. Así como, también entre los reyes, Pirro gustaba que se le llamase «Águila» y Antíoco «Halcón»; mientras que, cuando queremos injuriar o hacer mofa de los necios e ignorantes, los llamamos «peces»[96].

Y en fin, que mientras son innumerables las señales de origen divino que nos muestran y significan los animales terrestres y voladores, el abogado de los marinos no puede aducir ni un solo caso semejante, pues son todos ellos mudos y ciegos para prever el futuro, por lo que han sido arrojados a la región titánica y sin dioses, como si dijéramos al lugar de los impíos, donde la parte racional e inteligente del
C alma se ha extinguido, y con una última porción de sensibilidad, desfigurada y como anegada, más parecen dar boqueadas que estar vivos.

23. Heracleón.— No frunzas el ceño, querido Fédimo, y anímate a defendernos a los animales marinos e isleños; que a estas alturas la discusión ya no es cosa de niños, sino una formidable contienda y un debate al que sólo le falta la tribuna y el estrado.

Fedimo.— Lo que es a todas luces, Heracleón, es una encerrona preparada con mala fe; que estando como estamos todavía con la resaca de ayer, este señor, bien sobrio, como ves, ha lanzado su ataque con premeditación. Pero no

[95] En Platón, *Fedón* 85 b; en el *Ión* 158, Eurípides utiliza la expresión «heraldo de Zeus» (Plutarco está sin duda citando de memoria).

[96] Cf. *Vida de Pirro* 10, 388 a; Eliano, *Hist. anim.* VII 45.

ha lugar buscarse excusas; que siendo como soy devoto de Píndaro no quiero oír aquello de

Cuando el combate se presenta, buscar excusas D
precipita la virtud en un profundo abismo[97].

Así que tenemos mucho tiempo disponible, y no será esta compañía la que esté inactiva, sino nuestros perros y caballos, nuestras redes y jábegas todas, ya que hoy, a causa de la discusión, se ha concedido una tregua general a todos los animales, por tierra y por mar. Pero no temáis, que dispondré de ese tiempo con moderación, sin traer a colación opiniones de filósofos, ni cuentos egipcios, ni narraciones no comprobadas de indios o de libios; pero de cuantos casos pueden verse por doquier y merecen crédito a los ojos, siendo testigos los que viven del trabajo en el mar, de éstos presentaré aquí unos pocos.

Bien es verdad que los ejemplos terrestres no presentan E ningún obstáculo, pues la tierra ofrece a la percepción la posibilidad de una investigación abierta; mientras que el mar ofrece poco para la observación, y aun eso con dificultad, al tiempo que esconde los nacimientos y el desarrollo de la mayoría de sus criaturas, sus ataques y defensas recíprocas, en los que se dan no pocas muestras de inteligencia, de memoria y de sociabilidad, pero que al quedar ignoradas perjudican nuestra argumentación.

Además, los animales terrestres, debido a su parentesco y comunidad de hábitat con los hombres, están de algún modo imbuidos de sus costumbres y disfrutan de la crianza, del aprendizaje y de la imitación, que suaviza toda su aspereza y hosquedad, como cuando se mezcla agua dulce con salada, y su poca inteligencia y su indolencia se reavivan y F

[97] Fr. 228 SNELL-MAEHLER.

despiertan en sus contactos con el hombre. Mientras que la vida de los animales marinos, separada del trato con el hombre por poderosas limitaciones y carente de elementos
976A importados o de costumbres propias de aquél, es peculiar, autóctono y sin mezcla de costumbres foráneas no por su naturaleza, sino por su ubicación.

Su naturaleza, en efecto, acepta y retiene cuantas enseñanzas lleguen hasta ella, y así se da el caso de muchas anguilas acostumbradas al hombre, como las que llaman sagradas en Aretusa, o de peces por doquier que obedecen al oír sus nombres; como cuentan de la morena de Craso, que al morir provocó el llanto de su dueño; y como en cierta ocasión Domicio le dijese: «¿No es cierto que lloraste a tu morena muerta?», le respondió: «¿No es cierto que tú enterraste a tres esposas y no lloraste a ninguna?»[98].

Y los cocodrilos no sólo reconocen la voz de los sacer-
B dotes cuando los llaman, y toleran que les toquen, sino que incluso abren sus fauces y presentan sus dientes para que se los limpien con la mano o se los froten con trapos. Hace poco llegó el excelente Filino de un viaje por Egipto y nos contó que había visto en Anteópolis a una anciana durmiendo sobre un camastro al lado de un cocodrilo, que estaba allí tendido con la mayor compostura.

De antiguo se cuenta la historia de cómo, al invocar el rey Tolomeo al cocodrilo sagrado y no hacerle éste caso ni obedecer a sus exhortos y requerimientos, los sacerdotes fueron de la opinión de que aquello era un augurio de su muer-
C te, que no tardó en llegarle[99]; así que la raza de los acuáticos

[98] La misma anécdota en ELIANO, *Hist. anim.* VIII 4 (M. Licinio Craso, triunviro con César y Pompeyo, murió en 53 a. C. luchando contra los partos). La fuente Aretusa estaba cerca de Siracusa (Sicilia).

[99] Lo mismo en ELIANO, *Hist. anim.* VIII 4 (no se especifica de qué Tolemeo se trata).

tampoco es ajena ni está desprovista de las dotes adivinatorias que en tanta estima tienes. Como que he oído decir que en Sura, una aldea de Licia entre Felo y Mira, se sientan a observar los movimientos natatorios, las escapadas y persecuciones de los peces y por ese medio practican una adivinación con sus reglas y su sistema, como se hace con las aves[100].

24. Pero baste con estos ejemplos para mostrar que no se trata de una raza que nos sea completamente extraña o indiferente. En cuanto a su inteligencia natural y sin mezcla, una gran prueba de ello es su comportamiento habitual; que no hay animal nadador (exceptuando a los que se adhieren a las rocas o crecen sobre ellas) que sea para el hombre tan accesible y fácil de capturar sin esfuerzo como lo son los D burros para el lobo, las abejas para el abejaruco, las cigarras para las golondrinas; o las serpientes para los ciervos, pues se dejan arrastrar por éstos con facilidad (y así su nombre se ha derivado no de su ligereza sino del hecho de arrastrar a la serpiente)[101].

También el cordero atrae la atención del lobo con su pisada, y dicen que un gran número de animales, pero especialmente los monos, se acercan al leopardo atraídos por su olor[102]. Pero entre la casi totalidad de animales marinos cualquier sensación es sospechosa y pone en inteligente guardia

---

[100] Cf. ELIANO, *Hist. anim.* VIII 5.

[101] Se trata de una etimología disparatada —como casi todas las de los escritores antiguos—, según la cual *élaphos* («ciervo») procedería de *hélxis* («arrastre») y *óphis* («serpiente»); tampoco tiene nada que ver *élaphos* con *elaphrós* («ligero»); cf. CHANTRAINE, *Dict. étymol. de la langue grecque,* s. v. Véase también ELIANO, *Hist. anim.* II 9.

[102] Cf. ARISTÓT., *Hist. anim.* 612a13; ANT. CARISTO, 31 (37); PLINIO, *Hist. nat.* VIII 62; ELIANO, *Hist. anim.* V 40.

contra los ataques, de modo que ha hecho de la pesca un asunto nada sencillo ni de poca monta, antes bien necesitado de toda clase de instrumentos y de trucos, astucias y engaños contra ellos.

E Y todo ello está a la vista en ejemplos de lo más accesible. Así, nadie quiere una caña de pescar que sea gruesa, por más que se necesite resistencia para contrarrestar los tirones de las presas, sino que prefieren escoger la caña fina, para que no proyecte una sombra demasiado ancha que despierte sus sospechas. Tampoco dan muchas vueltas al sedal al hacer la lazada ni le dan grosor, pues también en esto ven los peces indicio de engaño. Y se las arreglan para que las crines destinadas al anzuelo resulten lo más blancas posible,
F pues así pasan más desapercibidas en el mar debido al parecido del color. Y lo que dice el poeta:

La diosa se lanzó a lo profundo, como desciende el plomo
asido al cuerno [kéras] de un buey montaraz
que lleva la muerte a los voraces peces,

algunos lo malinterpretan creyendo que los antiguos utilizaban pelo de buey para sus sedales; pues, dicen, también se llama *kéras* al pelo, y por eso se dice *keírasthai* (cortarse el
977A pelo) y *kourá* (mechón); y que el *keroplástēs* de Arquíloco es uno que se preocupa mucho por el arreglo y el aspecto del cabello[103]. Pero no es verdad, pues de lo que se sirven es de crines de caballo que les quitan a los machos; y es que las yeguas, al mojarlas con la orina, las hacen más frágiles.

[103] El pasaje antes citado es *Ilíada* XXIV 80-82 (la diosa en cuestión es Iris, que va a visitar a Tetis al fondo del mar); el de Arquíloco es el fragmento 59 D. No parece que haya ninguna relación etimológica entre *kéras* («cuerno») y la raíz de *keírō* («rasurar») y *kourá* («mechón»); en cuanto al *keroplástēs* de Arquíloco, sería «uno que se arregla el pelo dándole forma de cuernos», según Liddell-Scott.

Aristarco[104] dice que no hay en esos versos nada de rebuscado o de extraño, sino que en realidad los pescadores colocan, antes del anzuelo, un trocito de cuerno en torno a la línea, pues si los peces se encuentran con otra cosa la devoran. Utilizan anzuelos redondeados para los mújoles y atunes, que tienen la boca pequeña, pues el anzuelo más recto despierta sus sospechas; y muchas veces el mújol, desconfiando incluso del redondeado, se pone a nadar en torno suyo, sacudiendo el cebo con golpes de cola y mordisqueando los fragmentos que se desgajan; y si no puede hacerlo, cierra la B
boca, frunce el morro, coge el cebo con la punta de los labios y se larga[105].

La lubina, más valiente que el elefante, se arranca ella misma, sin ayuda, el anzuelo en que ha mordido, ensanchando la herida con movimientos de cabeza en una y otra dirección y soportando el dolor del desgarramiento, hasta que consigue expulsar el anzuelo. La zorra de mar, por su parte, no suele acercarse al anzuelo sino que rehuye el engaño; pero cuando la cogen, al punto se da la vuelta, pues su elasticidad y flexibilidad naturales le permiten cambiar e imprimir un giro a su cuerpo de tal modo que las partes interiores se convierten en exteriores y así consigue desprenderse del anzuelo[106].

25. Así que estos animales demuestran un conocimiento C
que se sabe usar con habilidad y destreza cuando el mo-

---

[104] Los manuscritos dicen «Aristóteles», pero no hay ni rastro de nada parecido en las obras del filósofo; «Aristarco» (el filólogo alejandrino, comentarista de Homero) es conjetura de A. PLATT. Cf. el escolio a este pasaje de la *Ilíada*.

[105] Cf. OPIANO, *Hal.* III 520; OVIDIO, *Hal.* 38 ss.

[106] OPIANO, *Hal.* III 128 ss.; OVIDIO, *Hal.* 39-42; ELIANO, *Hist. anim.* IX 12.

mento lo requiere; pero hay otros que junto con la inteligencia dan muestras de sociabilidad y de amor mutuo, como las cabrillas y los escaros. En efecto, cuando un escaro se ha tragado el anzuelo, sus congéneres allí presentes se lanzan sobre el sedal y lo cortan a mordiscos; asimismo, cuando han caído unos en las redes, vienen otros por fuera para ofrecerles la cola, y mordiéndolas los primeros con decisión consiguen que los otros los arrastren y saquen fuera de la red. Aún mayor es el denuedo con que las cabrillas socorren a sus congéneres, pues poniendo sus lomos contra el sedal y erizando sus ásperas espinas tratan de aserrarlo y cortarlo [107].

D Sin embargo, no sabemos de ningún animal terrestre —oso, jabalí, leona o leopardo— que se atreva a defender a otro en peligro. Es verdad que en los anfiteatros los animales de la misma especie se congregan en el mismo punto y se apelotonan formando un círculo, pero ni saben ni tienen la intención de socorrerse unos a otros, antes bien, huyen y se apartan lo más que pueden de un congénere herido o moribundo. En cuanto a lo de los elefantes que acarrean materiales a las zanjas y proporcionan al compañero caído una rampa por la que subir, amigo, se trata de una historia realmente extravagante y peregrina, que parece que quiere imponernos su credibilidad por el hecho de figurar en el es-
E crito de un rey (me refiero a los libros de Juba [108]); y en caso de ser cierta lo que demuestra es que muchos animales marinos, en lo que a sociabilidad e inteligencia se refiere, no le van en absoluto a la zaga al más espabilado de los terrestres. Pero acerca de su sociedad tendremos pronto ocasión de hacer una exposición especial.

---

[107] Cf. Eliano, *Hist. anim.* I 4; Opiano, *Hal.* III 323 ss.; Ovidio, *Hal.* 46 ss.

[108] Cf. antes, 972B y nota 77.

26. Los pescadores, observando que la mayoría de los peces se sacuden de los anzuelos con contorsiones como las de los luchadores, recurrieron a la fuerza, como los persas con sus redes de arrastre, en las que de nada sirve a sus ocupantes la inteligencia o la astucia para escapar. Pues con esparaveles y con redes redondas se capturan los mújoles y las doncellas, las bremas y los sargos, los gobios y las lubinas; y los llamados peces de red —salmonetes, doradas y raños— los cogen al arrastre con redes y traínas que con razón Homero llamó de forma genérica *panágra*[109]. Pero hasta contra ellas tienen recursos los fices, así como la lubina; que ésta, cuando percibe que se acerca la red barredera, abre con fuerza y hace a golpes un hueco en el suelo; y cuando ha hecho suficiente sitio para que pase la red por encima, se mete dentro y se queda quieta hasta que pase[110].

Cuando el delfín se siente atrapado en los copos de la red, aguarda contento, sin turbarse, y es que puede sin esfuerzo darse un banquete con los innumerables peces allí presentes; y cuando está ya cerca de la orilla, muerde la red y escapa. Y 978A
si no escapa a tiempo, la primera vez no le pasa nada malo, sólo le cosen en el lomo unas varillas de junco y lo dejan libre; pero si lo vuelven a capturar, lo reconocen por las costuras y lo castigan apaleándolo. Pero esto rara vez ocurre, pues al perdonárseles la primera vez, la mayoría quedan agradecidos y en lo sucesivo se guardan de portarse mal[111].

Y entre los muchos ejemplos posibles de cautela, prevención y fuga, no sería justo que nos olvidáramos de la sepia. Tiene este animal alrededor del cuello la llamada *mytis*, llena de un líquido negruzco que llaman «tinta»; y cuando

---

[109] En *Ilíada* V 487 (etimológicamente *panágra* significa «que lo atrapa todo»).
[110] Cf. Opiano, *Hal.* III 121-126.
[111] Cf. Eliano, *Hist. anim.* XI 12.

B se ve atrapada, suelta el líquido para así, enturbiando el agua y haciendo la oscuridad en torno suyo, escurrirse y sustraerse a la vista del pescador; imitando en esto a los dioses de Homero, que muchas veces, cuando quieren salvar a alguno, lo arrastran y arrebatan «en espesa nube»[112]. Pero basta ya de este asunto.

27. Su habilidad para el ataque y la captura se puede observar en las argucias de muchas especies. Así la estrella de mar, sabedora de que disuelve y hace fundirse a todo aquello que entra en contacto con ella, presenta su cuerpo sin importarle que la toquen los que pasan a su lado o se le acercan. Y sin duda conocéis la capacidad del pez torpedo
C de paralizar no sólo a los que lo tocan, sino que incluso a través de la red provoca un fuerte entumecimiento en las manos de los que la están sujetando. Y algunos que han llevado más lejos el experimento cuentan que, si llega vivo a la orilla y se le rocía con agua desde lo alto, uno puede percibir cómo la afección sube hasta la mano y debilita su sensibilidad, según parece, a través del agua que previamente ha sufrido un cambio y se ha visto afectada. Así pues, como tiene una percepción instintiva de esta capacidad, no se enfrenta a luchar con nadie ni se expone al peligro, sino que, trazando círculos en torno a su presa, va soltando sus descargas a modo de dardos, intoxicando primero el agua y
D después al animal a través de aquélla, sin que la presa pueda defenderse ni escapar, pues es como si unas cadenas lo retuvieran y lo dejaran clavado al sitio[113].

---

[112] Por ejemplo, en *Ilíada* V 345; sobre la sepia, cf. Aristót., *Hist. anim.* 612b29 ss.; Opiano, *Hal.* III 156-165; Ovidio, *Hal.* 19-22; Plinio, *Hist. nat.* IX 84; Eliano, *Hist. anim.* I 34.

[113] Sobre la estrella de mar, cf. Aristót., *Hist. anim.* 548a7; Ant. Caristo, 82 (88); Plinio, *Hist. nat.* IX 183; Eliano, *Hist. anim.* IX 22.

Al llamado «pescador» lo conoce mucha gente y su nombre le viene de su actividad; y Aristóteles dice que también la sepia hace uso de esta habilidad: que deja caer a modo de sedal una especie de tentáculo que le sale del cuello y que está naturalmente preparado para, con la mayor facilidad, extenderse a lo largo cuando el animal lo relaja y para enrollarse de nuevo sobre sí mismo cuando lo recoge. Pues bien, cuando la sepia ve en las cercanías algún pececillo, le da a morder el tentáculo y poco a poco, sin que se dé cuenta, lo va enrollando y acercándoselo, hasta que el pececillo, pegado al tentáculo, está al alcance de su boca [114].

En cuanto al cambio de color de los pulpos, Píndaro le dio celebridad al decir: E

a la piel de un animal marino
pegado a la roca parécete al sumo
en tu mente, cuando trates con cualquier ciudad [115];

y lo mismo Teognis:

Aprópiate la manera de ser del pulpo retorcido, que se muestra semejante a la roca a que está adherido [116].

Pues lo que es el camaleón no cambia de color con una intención precisa ni para ocultarse, sino que su mutación es en vano, provocada por el miedo, siendo como es naturalmente

---

Sobre el pez torpedo, cf. ARISTÓT., *Hist. anim.* 620b19; ANT. CARISTO, 48 (53); OPIANO, *Hal.* II 56-85, etc.; ELIANO, *Hist. anim.* IX 14.

[114] Cf. ARISTÓT., *Hist. anim.* 620b11 ss. (sobre una rana llamada «pescadora»); ANT. CARISTO, 47 (52); OPIANO, *Hal.* II 86 ss., 120 ss.; ELIANO, *Hist. anim.* IX 24 (también de una rana).

[115] Fragmento 43 (en PÍNDARO, *Obras y fragmentos,* en esta misma colección).

[116] TEOGNIS, 215-216 (trad. de F. RODRÍGUEZ ADRADOS).

tímido y acobardado. Y esto es congruente con la abundancia de aire, como dice Teofrasto[117]; pues prácticamente todo
F el cuerpo del animal está ocupado por los pulmones, lo que demuestra su naturaleza esencialmente aérea y por eso mismo su fácil disposición a los cambios de color. Mientras que el cambio en el pulpo es activo, no meramente pasivo; pues cambia por previsión, sirviéndose de este expediente para no ser visto por aquellos a los que teme y para atrapar a los que constituyen su dieta: con su treta captura a estos últimos, que no se dan a la fuga, y escapa él mismo de los primeros, que pasan de largo. Y es mentira eso que dicen de que se come sus propios tentáculos; pero es verdad que tiene miedo de la morena y del congrio, que se lo hacen pasar mal sin que él pueda hacerles nada, pues se escurren de entre sus tentáculos[118].

979A La langosta, por su parte, vence con facilidad cuando la morena o el congrio han caído en sus pinzas, pues su tersura de nada les sirve contra la aspereza; pero si el pulpo lanza sus tentáculos al interior de la langosta ésta perece. Tal es el ciclo recurrente de mutuas persecuciones y fugas que la naturaleza les ha dispuesto para que se afanen en la competición y ejerciten su destreza e inteligencia.

28. Bien es cierto que Aristotimo nos ha hablado de cierta previsión de los vientos por parte del erizo de tierra, así como de su admiración por el vuelo en formación triangular de las grullas; pero yo voy a presentar no a un solo erizo de Cícico o de Bizancio, sino al conjunto entero de los

---

[117] Teofrasto, fr. 189 Wimmer.

[118] Cf. Aristót., *Hist. anim.* 622a9 ss., 590b15 ss.; Ant. Caristo, 25 (29-30), 92 (99); Opiano, *Hal.* II 232 ss., 253 ss., 287; Ovidio, *Hal.* 31-37; Eliano, *Hist. anim.* I 32, IX 25. Sobre el pulpo que se come sus propios tentáculos, véase *supra*, 965E-F.

erizos de mar, que, cuando notan la proximidad de la tormenta y la marejada, se lastran a sí mismos con piedrecillas, para que así, cuando arrecie el oleaje, su liviandad no les haga volcar ni se vean arrastrados, sino que puedan aguantar firmes en el sitio con sus guijarros[119]. B

En cuanto al cambio de vuelo de la grulla para hacer frente al viento, no se trata de algo propio de una sola especie, sino que esto es algo que todos los peces entienden, y así nadan siempre contra el oleaje y la corriente, cuidándose de que ésta, al venirles por la espalda, no haga desplegarse sus escamas y dañe así su cuerpo al dejarlo al descubierto y hacerlo más áspero. De ahí que siempre se mantengan con la parte delantera mirando al frente; pues así el mar, hen- C
diéndose contra sus cabezas, mantiene cerradas sus branquias y se desliza suavemente por la superficie, haciendo presión sobre la piel irregular en vez de encresparla. Pues bien, como decía, esta actitud es común en los peces, excepto en el esturión; de éste dicen que nada a favor del viento y la corriente sin temor al rozamiento de sus escamas, ya que éstas no se solapan mirando a la cola[120].

29. El atún es tan sensible al equinoccio y al solsticio que, sin necesidad de tabla astronómica alguna, puede instruir hasta al hombre; y es que, donde quiera que le sorprenda el solsticio de invierno, en esa misma zona se queda y pasa el tiempo hasta el equinoccio[121]. En cuanto al ingenio- D
so expediente de la grulla —lo de sujetar una piedra para que si la deja caer se despierte con el golpe—, ¡cuánto más ingenioso, querido amigo, es lo del delfín, al que

---

[119] Cf. Filón, *De animal.* 65; Opiano, *Hal.* 225-231; Plinio, *Hist. nat.* IX 100; Eliano, *Hist. anim.* VII 33.

[120] Cf. Plinio, *Hist. nat.* IX 60.

[121] Cf. Aristót., *Hist. anim.* 598b25; Eliano, *Hist. anim.* IX 42.

no le es lícito detenerse ni cesar la marcha![122].

Y es que es lo natural en él estar en movimiento constante y que el término de su movimiento coincida con el de su vida. Y cuando tiene necesidad de dormir, asciende a la superficie del mar y se deja caer boca arriba a través del abismo, adormeciéndose por efecto del vaivén de las olas, hasta que llega al fondo y toca el suelo marino; de este modo se despierta, asciende rápidamente y cuando vuelve a alcanzar la superficie de nuevo se deja caer, y tal es la clase de descanso mezclado con movimiento que se ha procura-
E do[123]. Y dicen que los atunes hacen lo mismo y por la misma razón.

Y ya que he hecho alusión hace un momento a la previsión matemática de los cambios solares por parte de los atunes, de la que es testigo Aristóteles, escucha ahora lo de sus conocimientos aritméticos[124]. Pero antes, por Zeus, los ópticos, que parece que tampoco Esquilo ignoraba, pues dice en algún lugar

torciendo el ojo izquierdo al modo del atún[125];

y es que parece que ven mal con uno de los dos. De ahí que cuando penetran en el Mar Negro se mantengan cerca de la orilla derecha, y cerca de la contraria cuando salen, demostrando una gran inteligencia y discreción al confiar siempre la protección de sus cuerpos al ojo mejor[126].

---

122 Verso de autor desconocido.
123 Cf. Eliano, *Hist. anim.* XI 22.
124 Véase *supra*, nota 121.
125 Esquilo, fr. 308 Radt.
126 Cf. Eliano, *Hist. anim.* IX 42; Ateneo, VII 301 e.

Y necesitados, según parece, de la aritmética debido a F
su vida social y a su mutuo afecto, llevan a tal extremo su aprendizaje que, como encuentran tanto placer en alimentarse y formar sus bancos en mutua compañía, forman siempre sus congregaciones con la figura de un cubo bien sólido, conformado por sus seis planos iguales; después empiezan a nadar manteniéndose en esta formación, un cuadrado mirando a cada lado. Y desde luego que un ojeador de atunes, 980A
si toma las medidas exactas de la superficie, puede sin más declarar a cuánto asciende el total del banco, pues sabe que su profundidad se corresponde punto por punto con su anchura y longitud[127].

30. El mismo hecho de congregarse en bancos ha dado nombre a los bonitos, y creo que también a los atunes jóvenes[128]. En cuanto a las demás especies que manifiestamente llevan una vida social y se reúnen en bancos, no podría uno decir su número; así que pasemos mejor a aquellas que establecen relaciones particulares y simbióticas.

Uno de estos es el «guarda-pinna», que le hizo gastar a Crisipo ríos de tinta y ocupa un puesto preferente en todos sus libros, ya sean de temas naturales o morales[129]; pues no B
investigó acerca del «guarda-esponja», de lo contrario no lo hubiera pasado por alto. Pues bien, el «guarda-pinna» es un animal parecido al cangrejo, según cuentan, que vive en

[127] Cf. FILÓN, *De animal.* 65.

[128] Etimologías sin fundamento: se quiere hacer derivar *amía* («bonito») de *a-* privativa y de *mía* («uno, una»), significando así «que no es solitario» (cf. también ATENEO, VII 278 a); y *pēlamýs* («atún joven») de *pélein* («ser») y *háma* («con, juntamente»).

[129] Recogido en *SVF,* II 729b (ver también 729, 729a, 730, y ATENEO, III 89d). Para la identificación de este animal, y de los que se citan a continuación, cf. D'ARCY THOMPSON, *Glossary of Greek Fishes*, págs. 200-202 (la pinna es un mejillón gigante).

compañía de la pinna y que se aposta guardando la entrada de la concha; y permite que ésta permanezca abierta de par en par hasta que se precipite en su interior algún pececillo de los que constituyen sus presas; entonces le da a la pinna un pellizco en la carne y se mete dentro, y a su vez la pinna cierra la concha, y entre los dos devoran en común la presa caída dentro del cerco[130].

A la esponja le lleva las riendas un animalillo no del tipo del cangrejo, sino muy parecido a la araña. Que no es la esponja un ser privado de vida, de sensación ni de sangre, sólo
C que, como otros muchos, vive adherido a las rocas, pero posee un movimiento propio hacia fuera y hacia dentro que se diría que requiere memoria e instrucción. Normalmente tiene poca consistencia y sus poros están relajados debido a la pereza y flojera del animal, pero cuando entra algo comestible, a la señal de su compañero los cierra y da buena cuenta de la presa; y lo que es más, si es un hombre el que se acerca o la toca, avisada por los rasponazos de su colega, es como si le entrara un escalofrío y se cerrase poniendo el cuerpo rígido y compacto, de tal modo que a los pescadores no les resulta fácil, sino muy laboriosa, la tarea de arrancarla[131].

Las púrpuras se congregan y, como las abejas, construyen juntas el «panal», en el que cuentan que se reproducen;
D atrapan las partes comestibles de las lechugas de mar y las algas que se adhieren a sus conchas, y con ellas se procuran unas a otras una especie de banquete rotativo, alternándose sucesivamente para alimentarse[132].

---

130 Cf., entre otros, Aristót., *Hist. anim.* 547b16, 28; Opiano, *Hal.* II 186-196; Eliano, *Hist. anim.* III 29.

131 Cf. Aristót., *Hist. anim.* 487b10, 548a28, b9-12; Ant. Caristo, 83 (89); Plinio, *Hist. nat.* IX 146; Eliano, *Hist. anim.* VIII 16.

132 Cf. Aristót., *Hist. anim.* 546b19 ss.

31. Pero ¿por qué habría de maravillarse nadie de la vida social de todas estas especies, cuando el animal más intratable y feroz de todos cuantos crían ríos, lagunas y mares, el cocodrilo, da admirables muestras de sociabilidad y de agradecimiento en sus tratos con el chorlito? Es éste un pájaro de las marismas y de las orillas de los ríos y vigila al cocodrilo, no alimentándose por sí mismo sino con los restos de aquél; en efecto, cuando el cocodrilo duerme y el E chorlito advierte el acecho de la mangosta, que se reboza en el barro como un atleta en el polvo, despierta al reptil con sus gritos y picotazos. Y el cocodrilo se muestra tan manso con él que le permite introducirse en sus fauces abiertas de par en par y se complace en dejar que el ave hurgue y recoja tranquilamente con su pico los pequeños fragmentos de carne pegados entre sus dientes; y si el cocodrilo tiene ya bastante y quiere volver a cerrar la boca, inclina el morro hacia delante a modo de señal y no lo deja caer antes de que el chorlito se dé cuenta y salga volando[133].

Y el llamado «guía» es un pececillo del tamaño y el aspecto de un gobio, pero dicen que su exterior recuerda a un F pájaro erizado de plumas debido a la aspereza de sus escamas; vive siempre junto a alguno de los grandes cetáceos y nada delante de ellos, dirigiendo la marcha para evitar que se vea atrapado en los bajíos o que se meta en alguna laguna o estrecho de los que le sea difícil salir. El cetáceo, por su 981A parte, le sigue como la nave al timón, cambiando confiadamente de rumbo. Y cualquier otra cosa que caiga en sus fauces, sea animal, barca o piedra, está sin más perdida, se va a pique y perece, pero al pez en cuestión lo conoce y lo

[133] Cf. HERÓDOTO, II 68; ARISTÓT., *Hist. anim.* 612a20 ss.; PSEUDO ARISTÓT., *Mirabilia* 7; ANT. CARISTO, 33 (39); PLINIO, *Hist. nat.* VIII 90; ELIANO, *Hist. anim.* III 11, VIII 25. La identificación del pájaro en cuestión no es totalmente segura.

acoge en el interior de su boca como en puerto seguro; pues duerme en su interior, y mientras está descansando, el cetáceo se queda inmóvil, como un barco amarrado, y cuando el pececillo vuelve a salir, va detrás suyo sin perderlo de vista ni de día ni de noche; de lo contrario vaga sin rumbo fijo, y muchos perecen al quedar varados en tierra, como naves sin piloto. Que nosotros mismos pudimos verlo hace no mucho
B cerca de Anticira; y cuentan que hace más tiempo, tras quedar uno de estos animales varado no lejos de Buna y pudrirse, se declaró una peste[134].

Pues bien, ¿acaso está justificado comparar con estos casos de sociabilidad y compañerismo aquellas amistades que, según cuenta Aristóteles[135], se dan entre las zorras y las serpientes por su común enemistad con el águila, o las de las avutardas con los caballos porque les gusta acercarse a ellos y picotear sus excrementos?[136] Lo que es yo, ni siquiera entre las abejas o las hormigas veo una preocupación mutua que sea comparable; pues aunque todas ellas contribuyen a la común tarea, ninguna de ellas individualmente tiene consideración o interés por ninguno de sus congéneres.

32. Y aún veremos mejor la diferencia si nos fijamos en las tareas y obligaciones sociales más antiguas e importan-
C tes, las relativas a la procreación y el alumbramiento. Pues, en primer lugar, los peces que habitan en un mar que esté en

---

[134] Buna es lugar desconocido; es posible que el texto esté corrupto y que en realidad sea Bulis, como conjeturó C. O. Müller (tanto Bulis como Anticira son puertos del golfo de Corinto, en la Fócide, no lejos de Delfos ni de la Beocia natal de Plutarco). Sobre el pez en cuestión (un «pez piloto»), cf. Opiano, *Hal.* 62 ss.; Eliano, *Hist. anim.* II 13.

[135] Fr. 354 Rose.

[136] Cf. Aristót., *Hist. anim.* 610a12; Eliano, *Hist. anim.* II 28; Opiano, *Sobre la caza* II 406, etc.

las inmediaciones de una laguna o en el que desemboque algún río, cuando se disponen a desovar, remontan hasta éste o aquélla en busca de la placidez y la tranquilidad del agua dulce; y es que el agua en calma favorece el parto. Además, las lagunas y ríos suelen carecer de fieras acuáticas, de modo que así se asegura la supervivencia de la freza. Por eso un gran número de especies tienen una muy marcada preferencia por reproducirse en el Ponto Euxino, ya que en él no se crían más mamíferos marinos que un tipo poco abundante de foca y el delfín pequeño; además, la confluencia de aguas de los numerosos y caudalosos ríos que desembocan en el Ponto proporciona una mezcla apacible y apro- D
piada para desovar[137].

Pero lo más digno de admiración es lo del *anthías*, al que Homero llamó «pez sagrado»; aunque hay quien cree que aquí «sagrado» está por «importante», igual que llaman «sacro» a un hueso importante o «enfermedad sagrada» a la epilepsia por su importancia; y algunos lo toman en la acepción común de «dedicado» y «consagrado».

Por su parte Eratóstenes parece referirse a la dorada con aquello de

el veloz nadador, dorado sobre las cejas, el pez sagrado[138];

pero muchos dicen que se refiere al esturión, pues es un animal escaso y nada fácil de capturar. Se deja ver con frecuencia en la costa de Panfilia; y si por ventura capturan uno, se coronan con guirnaldas y coronan también sus barcas, y según van navegando por la costa se les recibe y agasaja con mucho ruido y estruendo. Pero la mayoría conside- E

[137] Cf. Opiano, *Hal.* I 595 ss.; el Ponto Euxino es el Mar Negro.

[138] Eratóstenes, fr. 14 Hiller (Powell, *Collectanea Alexandrina*, 60, fr. 12, 3).

ra que es al *anthías* al que llaman «sagrado», y es que allí donde se divisa a uno de ellos, no hay fieras dañinas; es más, los pescadores de esponjas se sumergen confiados y confiados desovan los peces, como si tuvieran en aquél a un garante de su integridad. Es difícil dar razón de la causa de ello, si es que las fieras huyen del *anthías* como los elefantes del cerdo o los leones del gallo, o si es que hay señales que indican que un lugar está libre de fieras y el pez, que es inteligente y tiene buena memoria, conoce y tiene en consideración dichas señales[139].

33. Ahora bien, el cuidado de la prole lo comparten entre ambos progenitores; y los machos no devoran a su pro-
F pia descendencia, antes bien asisten al parto protegiendo los huevos, como ha dejado escrito Aristóteles. Otros van siguiendo a las hembras y van poco a poco rociando los huevos con su esperma, pues de lo contrario el ser engendrado no se hace grande y queda imperfecto y subdesarrollado. Un caso particular es el de los fices, que modelan con algas una especie de nido y envuelven con él a su progenie, protegiéndola del oleaje[140].

---

[139] El *anthías* ya se ha mencionado antes, en 977C, donde se ha traducido por «cabrillas» *(Serranus cabrilla);* pero parece claro que en otros pasajes este término designa a un pez mucho mayor y de difícil identificación (véase las notas de Helmbold en su ed. de Loeb). Por otra parte, Homero (*Ilíada* XVI 407) simplemente alude a un «pez sagrado», sin identificarlo con el *anthías* ni con ningún otro. En cuanto a la «enfermedad sagrada» (epilepsia), véase el tratado que lleva este nombre y que figura en el *Corpus hipocrático*. Otros pasajes sobre el *anthías:* Aristót., *Hist. anim.* 620b34; Eliano, *Hist. anim.* VIII 28; Ateneo, VII 282e ss. Sobre la dorada: Eliano, *Hist. anim.* XIII 28.

[140] El pasaje de Aristóteles que se cita es *Hist. anim.* 621a23; para lo demás, cf. Heródoto, II 93; Opiano, *Hal.* I 493 ss.; Eliano, *Hist. anim.* IX 63.

Y el amor de la zorra de mar por su prole no tiene nada 982A
que envidiar a la dulzura y bondad del más doméstico de los animales con la suya. En efecto, engendran un huevo y después crían y transportan al animal no fuera sino dentro de sí mismas, como si de un segundo nacimiento se tratara; y cuando se hace más grande, le dejan salir al exterior y le enseñan a nadar cerca de ellas; luego vuelven a acogerlos en sí mismas a través de la boca y les ofrecen su cuerpo para que les sirva al tiempo de habitáculo, fuente de alimento y refugio, hasta que estén en condiciones de valerse por sí mismos[141].

Admirable es también el cuidado que pone la tortuga en
el nacimiento e integridad de sus crías. Sale del mar a poner B
los huevos cerca de la orilla, pero como no puede incubarlos ni permanecer mucho tiempo en tierra, los deposita en la playa y les echa encima la arena más fina y más blanda; y cuando los ha enterrado y escondido de forma segura, unos dicen que con las patas araña y deja marcado el lugar para hacérselo fácilmente reconocible, pero otros creen que el macho le da la vuelta a la hembra y que por eso ésta deja allí sus propias marcas y señales. Pero más sorprendente que esto es el hecho de que aguarde hasta el cuadragésimo día (pues tal es es lapso que necesitan los huevos para ma-
durar y eclosionar) para acercarse hasta allí, y reconociendo C
cada una su propio tesoro, lo abre con más alegría y afán de lo que lo haría ningún hombre con un cofre lleno de oro.

---

[141] Cf. ARISTÓT., *Hist. anim.* 565b24; ELIANO, *Hist. anim.* IX 65, II 55. La creencia de que los escualos introducían a sus crías en su interior se mantuvo hasta el siglo XVIII; en todo caso, Aristóteles ya se percató de que los escualos son ovovivíparos —es decir, que aunque ponen huevos, las crías salen de su seno ya vivas y formadas.

34. En cuanto a los cocodrilos, sus demás habilidades son comparables a éstas, pero de su capacidad para calcular el sitio exacto no puede el hombre hacerse idea cabal ni dar una explicación razonada de su causa; de ahí que digan que la facultad de previsión de este animal no es asunto de razón, sino de adivinación. Y es que, allí donde va a llegar la crecida estacional del Nilo, inundando y cubriendo la tierra, en ese punto exacto, no más allá ni más acá, deposita sus huevos, hasta el punto de que cualquier campesino que se los encuentre sabe él mismo y puede decirles a los demás
D hasta dónde llegará el río; y si lo calcula con tanta exactitud es para que cuando incuba no se mojen ni los huevos ni ella misma. Y cuando las crías han roto el cascarón, si alguna no captura en su boca nada más salir algún objeto circundante, ya sea una mosca, mosquito, gusano, paja o planta, la madre la despedaza a mordiscos hasta matarla; mientras que se muestra cariñosa y solícita con las animosas y activas, administrando su amor con juicio desapasionado, según consideran los hombres más sabios[142].

Y es bien sabido que las focas dan a luz en tierra firme, y que poco a poco llevan a las crías a que prueben el agua,
E volviéndolas a sacar en seguida; esto lo hacen repetidas veces y alternativamente, hasta que las crías se acostumbren, pierdan el miedo y se aficionen a la vida marina[143].

Y las ranas, cuando se van a acoplar, se sirven de un reclamo, el llamado *ololygṓn,* que es una emisión vocal para el amor y el apareamiento; y una vez que de este modo el macho atrae hacia sí a la hembra, ambos aguardan juntos a

---

[142] Cf. Plinio, *Hist. nat.* VIII 89; Eliano, *Hist. anim.* V 52, IX 3. «Los hombres más sabios» no está claro si se refiere —con ánimo de burla— a los estoicos (como supone Hubert, en nota a su edición de Teubner) o a Teofrasto (fr. 72 W.; cf. Plutarco, *Sobre el amor fraterno* 482B).

[143] Cf. Eliano, *Hist. anim.* IX 9; Opiano, *Hal.* I 686 ss.

que caiga la noche, pues en el agua no pueden acoplarse y en tierra durante el día les da miedo; pero cuando se hace la oscuridad, salen y se acoplan sin miedo. Otras veces su voz es estridente, cuando barruntan lluvia; y esta señal es de las más infalibles que hay[144].

35. Pero, querido Posidón, por poco incurro en un error absurdo y ridículo, si, mientras consumo mi discurso ha- F
blando de focas y ranas, me olvido y paso por alto al más sabio de los animales marinos, el más caro a los dioses. Pues ¿qué ruiseñores son dignos de compararse con el alción por su talento musical, qué golondrinas por su amor a la prole, qué palomas por su afecto conyugal, qué abejas por su maña? ¿Qué otro animal ha visto su procreación, sus alumbramientos y sus partos tan honrados por el dios? Pues cuentan que una sola isla quedó fija para recibir la descendencia de Leto[145], mientras que cuando está de parto la hembra del alción, allá por el solsticio, Posidón pone todo el mar en calma y sin marejada. Por eso no hay otro animal que les 983A
sea más querido a los hombres: gracias a él navegan sin temor durante siete días y siete noches en pleno invierno, y durante ese tiempo les resulta más seguro desplazarse por mar que por tierra.

Y si hay también que hablar brevemente sobre cada una de las virtudes que posee, diremos que es una esposa tan amante que admite en su compañía al macho no para un momento concreto, sino a lo largo del año entero, y ello no por lascivia (pues bajo ningún concepto se aparea con otro

---

[144] Cf. Aristót., *Hist. anim.* 536a11 ss.; Plinio, *Hist. nat.* XI 172 ss.; Eliano, *Hist. anim.* IX 13. *Ololygón* es voz onomatopéyica que significa genéricamente «dar un grito agudo» (quizá esté relacionado etimológicamente con el latín *ululāre).*

[145] Se refiere, claro está, al nacimiento de Apolo en la isla de Delos.

macho) sino por una disposición favorable y amistosa, como una mujer casada. Y cuando la vejez hace que el macho se debilite y le resulte penoso seguirla, se hace cargo de él, lo
B transporta y alimenta, sin desampararlo por un momento ni apartarse de él; lo coloca sobre sus hombros y lo lleva dondequiera que vaya, cuidando de él y haciéndole compañía hasta el final.

En cuanto al amor materno y la preocupación por la integridad de sus crías, tan pronto como se da cuenta de que está preñada se dedica a la construcción del nido, pero no fabricando barro ni adhiriéndolo a muros y tejados como las golondrinas; tampoco utiliza para esta actividad muchas partes del cuerpo, como hace la abeja, que para abrir la cera incrusta todo su cuerpo y presionando con sus seis patas al mismo tiempo, divide toda la masa en celdillas hexagonales. En cambio el alción, con un solo y simple instrumento, un
C solo utensilio, una sola herramienta, su pico, sin que su esfuerzo e industria tengan ningún otro colaborador, es difícil de creer lo que es capaz de ingeniar y crear si uno no ve con sus propios ojos aquello que modela, o mejor dicho, lo que ensambla a modo de barco, de entre muchos modelos el único que no puede volcar ni hundirse. Y es que recolecta las espinas del pez aguja[146], las junta y une unas con otras, trenzando las rectas y las curvas, como la que va hilando la urdimbre en el telar, añadiendo dobleces y vueltas de unas con otras de modo que queden ensambladas y que resulte un objeto redondo aunque ligeramente oblongo, parecido a una
D nasa de pescador. Y cuando la tiene terminada, la lleva y la deposita en donde baten las olas, pues allí el mar, rompiendo blandamente, le instruye sobre cómo reparar y consolidar

[146] La identificación de este pez (en griego *belónē)* es problemática; véase D'Arcy Thompson, *Glossary of Greek Fishes,* págs. 31-32.

lo que no está bien ensamblado, cuando ve que se afloja por efecto de los golpes; ajusta y fija firmemente las junturas de forma que ni siquiera la piedra o el hierro pueden fácilmente deshacerlo o perforarlo. No menos dignas de admiración son la proporción y la forma de la cavidad interior; pues está hecha de modo que sólo admite a su propietario en su interior, mientras que para los demás es totalmente invisible y oculta, hasta el punto que no deja entrar nada, ni siquiera agua del mar.

Y bien, me imagino que no hay ninguno de vosotros que E
no haya visto uno de estos nidos; en cuanto a mí, muchas veces, al verlo y tocarlo, me da por decir y cantar aquello de

una vez sólo en Delos, al lado del ara de Apolo[147],

vi algo semejante, el altar de cuerno que es celebrado entre las llamadas «Siete Maravillas», pues sin necesidad de cola ni de ningún otro material aglutinante está ensamblado y articulado exclusivamente a base de cuernos del lado derecho[148].

---

[147] *Odisea* VI 162 (son las palabras halagadoras de Ulises a Nausícaa, a la que compara con una joven palmera que vio en la isla de Delos).

[148] PLUTARCO menciona también este altar hecho de cuernos en la *Vida de Teseo* 21, 9E (donde se dice que los cuernos son todos del lado izquierdo); las «Siete Maravillas» no siempre incluyeron los mismos monumentos que hoy se engloban bajo tal denominación, a saber: 1, las pirámides de Egipto; 2, los jardines colgantes de Babilonia; 3, la estatua de Zeus en Olimpia, obra de Fidias; 4, el templo de Ártemis en Éfeso; 5, el Mausoleo de Halicarnaso; 6, el Coloso de Rodas; 7, el faro de Alejandría (nuestra fuente principal de información es *Sobre las siete maravillas del mundo*, obra griega atribuida a FILÓN DE BIZANCIO, autor del siglo IV d. C.). En cuanto al alción, ave legendaria, entre los muchos textos que hacen referencia a él pueden verse ALCMÁN, fr. 26 PAGE *(PMG);* ARISTÓT., *Hist. anim.* 542b4-19, 616a19-32; ANT. CARISTO, 23 (27); PLINIO, *Hist. nat.* X 89, 91, XI 22 ss.; ELIANO, *Hist. anim.* I 36, IX 17.

Pero ojalá el dios sea propicio [***][149] y siendo un dios músico e isleño, acepte de buen grado el canto que celebra a la sirena marina y se burle de las preguntas que éstos hacen a modo de chanzas. ¿Por qué [***] Apolo [***][150] sabiendo
F que Afrodita considera los [animales] marinos sagrados y hermanos suyos, y no le agrada que se dé muerte a ninguno de ellos.

Y sabéis que en Leptis los sacerdotes de Posidón no comen absolutamente ningún animal marino[151]; que los iniciados en Eleusis veneran al salmonete, y que la sacerdotisa de Hera en Argos honra a este animal absteniéndose de comerlo; y es que los salmonetes están especializados en dar muerte a la liebre de mar, que es letal para el hombre, y por eso gozan de inmunidad, como animales que son amigos y salvadores de los humanos[152].

984A **36.** Y es bien sabido que muchos de los griegos tienen santuarios y altares dedicados a Ártemis de las Redes y a Apolo Delfinio. Y el lugar que el propio dios ha escogido para sí, [***] unos colonos descendientes de cretenses bajo la guía de un delfín; pues no fue el dios el que cambió de forma para ir nadando por delante de la flota, como dicen los mitó-

[149] A partir de aquí y hasta el final del capítulo 35, el texto está muy estropeado, con muchas lagunas (la alusión a la sirena debe de referirse a algún pasaje perdido). El dios en cuestión es Apolo.

[150] W. Helmbold restaura y traduce así el texto (en su ed. de Loeb): «¿Por qué no habría de llamarse a Apolo «matador de congrios» o a Ártemis «matadora de mújoles»? Porque (Apolo) sabe bien que Afrodita etc.»

[151] Lo mismo en *Charlas de sobremesa* VIII 3, 730D (es posible que en ambos pasajes se esté confundiendo Leptis con Lepidontópolis, en Egipto, donde existía el tabú de comer ciertos peces relacionados con el mito del desmembramiento de Osiris; cf. la nota de Helmbold a su traducción).

[152] Cf. Eliano, *Hist. anim.* IX 51, 65, II 45, XVI 19; Plinio, *Hist. nat.* IX 55 (la liebre marina debe de ser algún tipo de pez globo).

grafos, sino que envió a un delfín a aquellos hombres para que les marcara el rumbo por el mar hasta arribar a Cirra[153].

Cuentan también que Sóteles y Dionisio, enviados a Sinope por Tolomeo Soter para traer la estatua de Serapis, fueron desviados de su rumbo por un fuerte viento y arrastrados inopinadamente más allá del cabo Malea, dejando el Peloponeso a la derecha; y que iban ya a la deriva, descora- B zonados, cuando se les apareció un delfín en la proa y pareció que los llamaba, conduciéndolos hacia zonas fondeables y de suave oleaje en que estuvieran a salvo, hasta que guiándolos y escoltándolos de este modo llevó el barco hasta Cirra. Y haciendo un sacrificio para celebrar su feliz arribada, se dieron cuenta de que de las dos estatuas debían apoderarse de la de Plutón y llevársela, pero a la de Core debían sacarle una copia y dejarla en su sitio[154].

Así que es muy probable que el dios se congratule también de la afición musical del animal; que Píndaro, comparándose a sí mismo con aquél, dice que se mueve

como el delfín marino se comporta, C
al que el encantador sonido de las flautas
hace volver en medio de la mar sin olas[155].

Pero parece más probable que sea su amor a los hombres lo que le haga caro a los dioses; y es que es el único

[153] Cf. el *Himno homérico III, a Apolo* 400 ss. (Cirra es el puerto de Delfos, en el golfo de Corinto).

[154] Cf. también Tácito, *Historias* IV 83, y Plutarco, *Isis y Osiris* 361F, donde se cuenta lo relativo a la estatua con mucha mayor extensión; véase las notas de F. Pordomingo a su traducción, en esta misma colección, tomo VI de *Obras morales*. Tolomeo Soter, primer soberano de la dinastía Lágida en Egipto, pasa por ser el introductor del culto de Serapis en este país.

[155] Cf. Píndaro, *Obras y fragmentos*, en esta misma colección (fr. 140b, 15-17).

animal que tiene apego al hombre por el simple hecho de ser hombre. Entre los animales terrestres unos no toleran al hombre en absoluto, otros, los más mansos, sólo a aquellos que los alimentan, acuciados por la necesidad, y otros como el perro, el caballo o el elefante, sólo a las personas familiares; por su parte, las golondrinas se instalan en las casas humanas y encuentran en ellas lo que les hace falta, sombra y la seguridad necesaria, pero al hombre lo rehuyen y lo temen como a una fiera salvaje.

El delfín, en cambio, es el único entre todos los animales que por naturaleza tiene para con el hombre una actitud que se corresponde con aquello en pos de lo cual van los
D mejores filósofos: la amistad desinteresada[156]; en efecto, aunque no necesita a hombre alguno para nada, es benévolo y amistoso con todos ellos y ha ayudado a muchos. La historia de Arión no hay nadie que no la conozca, pues es muy famosa; en cuanto a lo de Hesíodo, tú mismo, amigo, nos lo has recordado oportunamente,

pero aún no has llegado al cabo del cuento[157].

Y es que al explicar lo del perro no deberías haber dejado de lado a los delfines; pues las indicaciones del perro, que ladraba y acosaba con sus gritos a los asesinos, hubieran sido en vano si los delfines no hubieran recogido el cadáver, que

---

[156] Según Hubert, se está refiriendo tanto a Platón como a los estoicos (*SVF,* III 43, 348), contraponiéndolos implícitamente a los epicúreos (según Epicuro, como explica el propio Plutarco en *Moralia* 495A, el amor que un padre o una madre sienten hacia su hijo, o los hijos hacia sus padres, es un amor interesado).

[157] *Ilíada* IX 56. «Lo de Hesíodo» se refiere a lo que se ha contado antes, en 969D-E. En cuanto a Arión, el cantor salvado por los delfines, es historia muy conocida, que aparece en numerosas fuentes (p. ej. Heródoto, I 24; Opiano, *Hal.* 448 ss.).

era arrastrado por las olas cerca del Nemeo, y relevándose con gran diligencia unos a otros, no lo hubieran dejado en la orilla en Río, demostrando así que el hombre había sido asesinado[158].

Y Mírsilo de Lesbos cuenta la historia de Enalo el eolio, E quien, enamorado de la hija de Esminteo, al ser ésta arrojada al mar por los Pentílidas en cumplimiento del oráculo de Anfítrite, se precipitó también él al agua y un delfín lo trajo sano y salvo hasta Lesbos[159].

Y la benevolencia y amistad de un delfín para con el muchacho de Yaso alcanzó tales extremos que pareció que era amor. Y es que jugaba y nadaba en su compañía por el día, dejándose tocar; y si el muchacho quería montarlo no lo rehuía, antes bien se complacía en llevarlo y en virar hacia donde él lo condujese, y cada vez que esto sucedía todos los de Yaso acudían en masa corriendo a la playa. Pero un día F se desató una gran tormenta acompañada de granizo, y el muchacho perdió pie y pereció; por su parte, el delfín recogió el cadáver y junto con él se precipitó en tierra, sin separarse ya del cuerpo hasta morir, considerando que era de justicia compartir una muerte de la que le parecía que era corresponsable. Y en recuerdo de la tragedia, los de Yaso tienen a un muchacho montado a lomos de un delfín como leyenda de sus monedas[160].

---

[158] El Nemeo era un altar de Zeus situado en Eneo, en la costa de la Lócride; Río (o Ríon) estaba en la orilla de enfrente, en el Peloponeso, cerca de Patras.

[159] Mírsilo de Lesbos es un historiador del siglo III a. C. (recogido en JACOBY, *Fragm. Gr. Hist.*, II, fr. 12). ATENEO, XI 466 ss. cuenta la misma historia, pero cita como fuente al historiador Anticlides.

[160] Son muy numerosos los autores que cuentan o aluden a esta historia, a veces con importantes variantes: p. ej. ELIANO, *Hist. anim.* II 6, VI 15; PLINIO, *Hist. nat.* IX 25 ss.; ANT. CARISTO, 55 (60); PLINIO EL JOVEN

Y a raíz de este episodio también ganó credibilidad la historia de Cérano, que estaba envuelta en el halo de la le-
985A yenda. Era este Cérano un oriundo de Paros que compró en Bizancio una partida de delfines que habían caído en una red y corrían peligro de que los sacrificaran, y acto seguido los soltó a todos. Poco tiempo después iba Cérano navegando en un pentecóntero, según dicen, junto con cincuenta piratas; y en el brazo de mar que separa Naxos de Paros la nave volcó y los demás perecieron, pero dicen que un delfín corrió a colocarse bajo Cérano y a ponerlo a flote, hasta sacarlo a la orilla en Sicinto[161], junto a una cueva que todavía hoy enseñan y que llaman «Ceraneo». Dicen también que es de este hombre del que habla Arquíloco en el verso aquel

de cincuenta hombres a Cérano dejó el benigno Posidón[162].

B Y más tarde, al morir Cérano sus parientes quemaban su cuerpo cerca del mar cuando aparecieron gran cantidad de delfines frente a la playa, como haciendo ver que acudían a los funerales, y permanecieron allí hasta que se cumplieron las ceremonias[163].

En cuanto al escudo de Ulises, también Estesícoro ha contado que tenía un delfín por emblema; y según testimonio de Criteo, los de Zacinto siguen guardando memoria de la explicación de este hecho. Y es que, siendo Telémaco muy niño, según dicen, resbaló y cayó en una zona de aguas profundas cerca de la orilla, y unos delfines le salvaron la

---

Cartas IX 33; Opiano, *Hal.* V 458-518. Yaso (o Jaso) es una ciudad de Caria, en Asia Menor, no lejos de Mileto.

161 Sicinto sería el antiguo nombre de la isla de Paros (se han propuesto otras lecturas, como *Sicino,* una isla al sur de Paros).

162 Arquíloco, fr. 117 D.

163 La misma historia en Eliano, *Hist. anim.* VIII 3; Ateneo, XIII 606 d-f (citando a Filarco), etc.

vida recogiéndolo y llevándolo a nado hasta lugar seguro; de ahí que su padre, para corresponder al animal, se lo hiciera grabar en el anillo y decorar con su figura su escudo[164].

Pero el caso es que he dicho al principio que no os iba a c
contar cuentos, y sin embargo, no sé cómo, sin darme cuenta yo mismo he ido a encallar después de los delfines en Ulises y Cérano, muy lejos de lo verosímil; así que me impongo mi propio castigo y dejo ya de hablar.

37. ARISTOTIMO.— Pues bien, miembros del jurado, podéis emitir vuestro voto.

SOCLARO.— Pues lo que es nosotros, hace tiempo que somos de la opinión de Sófocles cuando dice aquello de:

el criterio de los que disienten ensambla bien
y de forma sólida en el punto medio los intereses de ambos[165].

Y es que, si ambos concertáis todo lo que habéis dicho el uno contra el otro, podréis en común mantener un hermoso combate contra los que quieren privar a los animales de razón e inteligencia[166].

---

[164] La cita de ESTESÍCORO es el fragmento 225 de PAGE (*PMG*, fr. 95 de su *Lyrica Graeca Selecta*, Oxford Classical Texts); Criteo es totalmente desconocido para nosotros.

[165] Cf. SÓFOCLES, *Fragmentos*, en esta misma colección, fr. 867 (fr. 783 NAUCK).

[166] Es decir, que el sentido último de este diálogo, más que el de dilucidar si son más inteligentes los animales marinos o los terrestres, es el de refutar la idea estoica de la irracionalidad de los animales, con todas las consecuencias que ello conlleva; cf. la Introducción.

ÍNDICES

ÍNDICE DE NOMBRES PROPIOS*

* Las *Cuestiones sobre la naturaleza (Aetia Physica)* 34-41 no siguen la numeración convencional, por lo que la remisión al pasaje donde aparece el nombre propio buscado se hace, en este caso, mediante la abreviatura *APh* y el número de *cuestión*.

ÍNDICE GENERAL